

Popularfilm



1001-2/27A

N.º 94

Filmoteca
Precio: 30 Cts.
de Catalunya

FRABADO
Barcelona

Ha constituido un gran éxito

en los salones

Capitol Cinema y Coliseum

La Flor del Desierto

por la sublime pareja de amantes de la pantalla

Ronald Colman y Vilma Banky

Una historia conocida de polo a polo, el drama supremo de un hombre batallando por el agua, la vida y el amor.

La epopeya de los tiempos del primitivo oeste.... Los hombres rudos que ignoraban los refinamientos del lujo.

Cada producción una maravilla de arte



LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Mary Pickford

Charlie Chaplin



Douglas Fairbanks

D. W. Griffith

Rambla Cataluña, 62

BARCELONA

Teléfono n.º 667 G.

Telegrs.: "Utartistu"

FilmoTeca
de Catalunya

FLY-TOX

*Es el medio
radical y seguro
de acabar con las
moscas*



El líquido FLY-TOX, completamente inofensivo para las personas y los animales domésticos, penetra por todos los rincones y limpia las casas de toda clase de insectos.

No mancha ni daña los tejidos por delicados que sean y tiene un olor agradable que desaparece rápidamente.

En las casas en donde hay niños pequeños FLY TOX constituye una defensa eficaz contra las infecciones y un seguro guardián en sus horas de reposo.

Mientras exista una mosca en su casa use FLY-TOX

De venta en Droguerías, Farmacias, Ferreterías, Bazares, etc.



Rex Research Corporation
Toledo, Ohio, U. S. A.

Agente General en España: J. COLL
Córcega, 269 - Barcelona



ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES
S. A.

SUCURSAL:
RONDA SAN ANTONIO, 1
TELÉFONO 2425 A.

SECCIÓN:
PELUQUERÍA
PARA SEÑORAS

A CARGO DE
EDUARDO

ONDULACIÓN PERMANENTE
CORTE DE CABELLO
ONDULACIÓN MARCEL Y AL AGUA
LAVADO DE CABEZA
TINTURAS HENNÉ
MASAJE FACIAL
APLICACIÓN FANGO
DEPILAR CEJAS
BAÑOS Y MANICURA

TRATAMIENTO ESPECIAL PARA EL
DESARROLLO Y EMBELLECIMIENTO DE
LOS SENOS

PRECIOS SUMAMENTE ECONÓMICOS
PULCRITUD Y ESMERO EN LOS SERVICIOS

RONDA SAN ANTONIO, 1

Publicidad La mejor realizada es la que se haga en **Popular Film**

SI QUERÉIS tener el cabello
sano, abundante y sin caspa,
reforzarlo y perfumarlo

con...



RHUM QUINQUINA LÓPEZ

FABRICANT
GERARDO SEGURA MUNTANER 140 BARCELONA



FilmoTeca
de Catalunya

Hoy jueves, últimas exhibiciones en el aristocrático salón **PATHÉ CINEMA**

de la sensacional película

LA DIABLESA

uno de los más positivos éxitos de la temporada en el que la bellísima protagonista **Juliette Compton** ha obtenido el más resonante triunfo de su carrera artística.



MAÑANA VIERNES, será presentada en este mismo favorecido Cinema la notabilísima producción nacional

La Loca de la Casa

adaptación cinematográfica de la obra maestra del glorioso y malogrado escritor

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

interpretando el papel de protagonista la simpática "vedette" española **Carmen Viance**

Ambas producciones pertenecen a SELECCIONES CAPITOLIO

UN AIR EMBAUME

RIGAUD
16, Rue de la Paix,
PARIS

Carteles de cine

Manufactura general
de impresos
Litografía

Reproducciones de arte
Catálogos :: Cromos
Facturas :: Papel de
cartas :: Tarjetas y demás
trabajos comerciales

R. FOLCH

Teléfono 674 G.
Villarreal, 223 - París, 130
BARCELONA

Cupón Regalo

Remítanos por giro postal

CINCO PESETAS

y bajo sobre abierto, franqueado con dos céntimos, su dirección y este anuncio y le mandaremos certificado un gran paquete con

34 NOVELAS CINEMATográfICAS

adaptadas de las películas más aplaudidas de esta temporada y cuyo valor es de

DIEZ PESETAS

También hacemos el envío contra reembolso de pesetas 5,60

MIREYA

Alcántara, 28 - MADRID

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal
Director musical: Maestro G. Faura

17 DE MAYO DE 1928

Redacción en Madrid: Fomento, 6, 8 y 10 pral. izqd.
Director: Domingo Romero

CORRESPONSABLES EXCLUSIVOS DE VENTA:

En MADRID: D. Manuel Fernández, Paseo Recoletos, 14, quiosco

En ZARAGOZA: "La Protectora", Calle de San Diego, 3

En VALENCIA: D. Manuel Dasi Hueso, Calle Ballesteros, 4

UNA FIGURA EMINENTEMENTE FOTOGÉNICA

El optimismo contagioso de Gonzalo Valero Martín

¡Esto ya es otra cosa! ¡Vaya si lo es! Y diferente, muy diferente al encarguito anterior de sacar unas palabras acerca del cine a los famosos maestros de armas Lanchó y Afrodisio, porque, vamos a ver, ¿qué entiendo yo de esgrima, por muy mujer del siglo que sea; y lo soy, pues adoro y practico algunos deportes, aunque sin vivir de su cultivo ni sintiendo demasiado entusiasmo por ellos? Algo me agradó la visita, desde el momento que asistí a las clases de los dos formidables maestros citados, pero fuí en plan de periodista y no en el de entusiasta de ese sport, lo que varía. No obstante, falta o sobrada de preparación, el caso es que salí del paso lo mejor que pude. Pero ahora es otra cosa. Se trata, sencillamente, de charlar un rato, claro es que sobre el séptimo arte, con Gonzalo Valero Martín, apasionado de la poesía y brillante recitador.

Me tocó el cometido en suerte, después de muy cordial entrevista, para la distribución de trabajos, con mis simpáticos compañeros de Redacción Suárez Guillén y Gómez Mesa, en la que insinué, por si me extralimitaba, el tema de la invasión de campos ajenos al asignado; y en vista de que se me dijo que entre nosotros no debe existir el menor recelo, que lo que a uno se le ocurra bien está, sin fijarse en nimiedades de si el verificarlo compete a este, a aquel o al otro y que no hay campos acotados, que todos somos uno, naturalmente, tan grata armonía no pudo por menos que encantarme.

Y aquí me tenéis hecha toda una entrevistadora, gracias a la bondad de mis compañeros.

Dudo unos instantes, antes de decidirme a lanzar la pregunta, mas logro vencer el tonto escrúpulo y lo esperado brota de mis labios:

—¿Le gusta a usted el cine?

—Extraordinariamente. Me parece un arte interesantísimo, sobre todo en su aspecto paisajista. Poder admirar a la perfección países que nuestras ocupaciones o nuestro numerario no nos permitiría visitar en la vida, en nuestro propio barrio, casi en nuestra casa, cómodamente y por unos céntimos, es algo de brujería maravillosa.

—Luego, para usted el cine es arte, ¿no?

—Sí, un arte modernísimo que posee sobre todas las demás artes esa ventaja,

su modernidad, su falta de antecedentes.

—¿Y nuestra producción peliculara qué opinión le merece a usted?

—Excelente, pues lo que nos falta de



GONZALO VALERO MARTÍN
recitador poético, sin par en España

(Foto Sans)

conocimientos técnicos lo sobrepasamos en belleza y emoción. España es el país más hermoso del mundo. Yo, en mis viajes por Europa y América, no he tropezado todavía con ninguna provincia como cualquiera de las nuestras — Sevilla, Córdoba, Granada, Toledo, Salamanca, Ávila... —, tan ricas en monumentos y tesoros de arte y en sabor típico... Y lógicamente, al ser el cine reflejo fiel de la realidad, y

al ser España tan «realmente» hermosa, su cinematografía ha de serlo también.

—Tiene que serlo, de acuerdo, pero ¿lo es?

—Si no hermosa, es excelente.

—¡Phs! Mas sigamos, que mi misión es preguntar y no comentar. ¿Qué le parecen a usted nuestros artistas cinematográficos?

—Buenos, pero serían mejores si prescindiesen de esa exagerada nerviosidad emotiva, tan contraria al ritmo sosegado que reclama la pantalla, en la que los mayores dolores y las más opuestas emociones hay que sentir las, después de haber cuidado con preferencia de no descomponer el maquillaje. Pero el día en que lleguen a dominar sus nervios y se olviden de que son actores de carne para convertirse en autómatas de cine, serán únicos, puesto que el actor español es el que tiene más talento asimilable y más corazón del mundo.

—¿Cree usted en un próximo esplendor cinematográfico de España?

—¿Que si creo?... A ojos cerrados. Y confío en que será muy pronto. España está llamada, por su gloriosa tradición, a ocupar en el cine un puesto de importancia, y si aun no lo consiguió, es porque no lo ha tomado en serio.

—Vamos con la última pregunta del cuestionario. ¿Por qué no se dedica usted al cine, actor y artista consumado?

—Muchas gracias por sus elogios, pero yo ya hice una película, como autor y actor, ¡y que no acaparé el repertorio completo de lindezas de los censores de turno!...

—¡Ah! ¿De modo que usted ha interpretado ya una película? ¿Y cuándo?...

—Hace ya años. Se rodó en la Argentina.

—¿Y piensa usted volver al cine?

—Sí, pienso reincidir. Espero acontecimientos y, sobre todo, pesetas, para realizar mis fervientes deseos de impresionar la película que España, esta España nuestra tan querida y admirada, se merece.

Y es tal el optimismo de mi interlocutor que se me contagia y le digo, animosa y alegre:

—Pues ¡hale!; a luchar y a triunfar...

LEONOR DE SANTA POLA
(Servicio especial de nuestra Redacción en Madrid)

Sin asomo de malicia

Como no la pongáis vosotros en la lectura — lo que no es muy difícil —, tener por seguro que estos comentarios nuestros carecen de toda malicia. No los mueve otras causas que la mayor sinceridad y que la mejor intención de señalar defectos subsanables, corregibles. Ahora bien: si la tan generalizada costumbre de no daros por aludidos en aquella parte que, precisamente, se refiere a vosotros — quizá con demasiada claridad y excesiva dureza — os hace los distraídos y atináis a medias, sólo a ver las pajas en los ojos del prójimo, del vecino y no las vigas en los vuestros, por más que os las enseñemos y exhibamos, en tal caso, sabed apreciados compatriotas que os llamáis, vanidosamente, cineastas — como si los títulos se los confiriere uno a sí mismo! —, que el fin cardinal de estas informaciones, breves, sencillas, eutrapélicas y sin asomo de malicia — ¡y viva la adjetivación! —, es servir a nuestra pobre producción pelicular.

Y por realizarlo, por cumplirlo de modo que resulte eficaz y beneficioso — que es como debe ser y no de la equivocada y perjudicial manera del elogio infundado y sin ton ni son, como la entienden significados compañeros nuestros — nos aliaremos con la verdad, aun a costa de atraernos la antipatía y la enemistad de los muchísimos que viven de la mentira.

Mas dejémonos de hablar en futuro, y entremos de lleno en el presente.

Y del presente elijamos un film nacional — cualquiera: «Rejas y votos», por ejemplo — de los varios recientemente estrenados, e indignémonos. Porque, ¿es posible que exista alguien que, serie y serenamente, salga satisfecho de su proyección? No y no: nadie; ni su editor.

Figúrense ustedes que se trata de un melodrama de amor y de celos, de uno de esos argumentos de la bravía Andalucía de pandeleta, que nos abochorna cuando nos lo ofrecen los extranjeros estupidamente llevado al celuloide, y que — tonto contrasentido — nos deleita cuando lo impresionamos en casa en forma deplorable. Y es como para reirse con ganas de la ingenuidad. ¡Ja, ja, ja! Lo que no consentimos a los extraños, aunque recurran a su indisputable maestría, se lo pasamos a los nuestros que, en pleno, desorientado y desorientador — para los que desconocen el funcionamiento complejo del mecanismo cinético — aprendizaje, no se las acercan, ni por soñación, ni artística ni técnicamente.

Y no: semejante actitud se pierde en el ridículo. Ya que nosotros no lo aprovechamos en regla, permitamos, al menos — sin enfadarnos, que no hay por qué, mientras no cambiemos de rumbo y no cesemos de ser los primeros explotadores de la amenísima (¡j, ¡j!) receta de «toreros, manolas y bandidos y bandidos, manolas y toreros» —, que lo efectúen quienes posean capacidad para ello.

Bueno, y si no lo toleramos, ¿qué? Nada, que es inevitable, que es inútil que nos empeñemos en impedirlo. La «spagnolade» es un fruto, exótico y pintoresco, de muy estimada cotización en el mercado mundial, y siempre — por lo buscada y excelentemente pagada que es — se cultivará, ahí, allí, allá, acullá... y aquí.

Y colocamos a los nuestros en último lugar, no por modestia — que, a la postre, el orgullo comprensivo indica superioridad, confianza en el propio valer —, sino por justicia.

Aquí, en España, interpretamos el patriotismo graciosísimamente. Nos enfurecemos ante un retrato nuestro, que nos llega de fue-

ra, y se nos antoja insultante y denigrante, y en nuestra obcecación no nos fijamos en que es idéntico — mejorado acaso por la alta calidad del procedimiento — a los que solemos preferir para andar por casa. Si no nos agrada que las visitas nos saquen en traje de luces y en plan de matones, vistámonos a la europea; pero, si somos nosotros los que, por conveniencia, rica en rendimientos, mantengamos la roja leyenda, con nuestras obras, ¿cómo queréis que nos contemplemos los demás? Con nuestras notas de exagerado color... y agradecidísimos, pues, nos ayudan a sostener, intacto, el fuego profano de nuestra seudobarbarie y, por ende, a dirigir la atención de los turistas hacia nosotros. Por suerte, el chasco y el asombro fenomenal de los que vienen bajo la influencia de ese engaño, al percatarse de la realidad — gratísima, desde luego, para nuestra inteligencia y nuestra cultura — enmiendan el error; que, en este aspecto, casi, casi es acierto, por motivar con el inaguardado espectáculo de un país que marcha en la vanguardia de la civilización, que destaquen más los tesoros de nuestro arte y de nuestra diversidad de paisajes.

Y hasta ya de divagaciones, y volvamos a la película.

¿A qué película? A «Rejas y votos». ¡Ah, sí! ¡Miren ustedes que no acordarnos!

Y, naturalmente, la supuesta interrupción surte su efecto.

Y es esta respuesta, concluyente y sin asomo de malicia: «¿Con que la olvidásteis ya, y ni siquiera empezamos su crítica? ¡Pues no seremos nosotros los valientes que osemos quitaros la razón! ¿La devolvisteis al anónimo que nunca debió abandonar? ¡Descomunal!»

Un silencio de compasión, un ¡chis! piadoso para la desafortunada cinta «Rejas y votos».

Y para vosotros, patriotas y aficionados de veras, para vuestro entusiasmo rebelde y atrevido y para vuestras agresivas, irrepetibles y arrolladoras ansias de perfección, un ¡Hasta la próxima! de compinches.

Crispín

D. M. J. Messeri, Director Gerente en España de la prestigiosa entidad cinematográfica Paramount Films, S. A.

Don M. J. Messeri, Director Gerente en España de la prestigiosa entidad cinematográfica Paramount Films, S. A., ha recibido un documento firmado por la totalidad de las casas cinematográficas con residencia en Barcelona, concebido en los términos que a continuación se expresa:

«Las casas cinematográficas de Barcelona, amantes de la disciplina y buena organización, y contrarias a toda imposición, no pudiendo ni debiendo aprobar la conducta observada por determinados diarios y revistas para con la casa Paramount Films, S. A., y su director gerente don M. J. Messeri, suscriben el presente documento como prueba de adhesión y simpatía hacia dicha casa y dicho señor, a la par que en señal de protesta por la violenta campaña emprendida por aquel sector de la Prensa contra el citado señor Messeri.

»Barcelona, 1 de mayo 1928.

»Firmado: *Cinematográfica Verdaguer, S. A., Los Artistas Asociados, Hispano American Films, S. A., Metro-Goldwyn Corporation, Julio César, S. A., L. Gaumont, S. Huguet, S. A., Hispano Fox Film, S. A. E., Universum-Film-Aktiengesellschaft (Ufa), Procine, S. A., Exclusivas «Diana», Federación Cinematográfica Latina, Vilaseca y Ledesma, Lemic, S. A., Bernardo Prades, L. Castellví, Juan Arañol, Balart y Simó, Ramón Balet Raurich, Príncipe Films, S. Ltd., Iberia Films, Films Piñot, Importaciones Cinematográficas, S. A., F. Trián, S. en C., José Gur-*

gui, Mundial Films (R. Soler), Jaime Costa, Cinematográfica «Astrea», S. A., Alfa, S. L., Hermelando Shoamet, A. Cabot Puig, Internacional Films, José M. Bosch López, Troya-Film, J. Ll. Prunes, Uria y Marcaida, Norman J. Cinnamon, Empresa Cinematográfica E. Fius, Otto Mühlhauser, Maravillas Films, Enrique Fabregat.»

En nuestro número de 26 de Abril último, dejamos de consignar al pie del artículo de nuestra dilecta compañera Leonor de Santa Pola, que las fotografías que se incluían de la artista María Luz Callejo, pertenecían a nuestro querido amigo, el excelente fotógrafo Lagos, que viene honrando periódicamente las páginas de «Popular Film».

BIOGRAFÍAS DE GRANDES ESTRELLAS

PERCY MARMONT

Entre los muchos artistas de la escena hablada, que han llegado a constituir un elemento muy útil en el mundo cinematográfico, figura el popular Percy Marmont. Su debut profesional en la carrera escénica, fué en una compañía dramática que recorría las provincias, representando la «Historia de dos ciudades» (Tale of two cities) del inmortal Dickens. Inmediatamente después, en Australia alcanzó grandes éxitos en varias comedias musicales, entre ellas la titulada «The girl from Kay's», y a su regreso a Inglaterra apareció con Sir Herbert Tree, Cyril Maude y Sir George Alexander.

De nuevo, al frente de su propia troupe, fué a Australia y a Africa, provisto esta vez de un completo repertorio de co-

medias modernas, de autores ingleses y americanos, y revivió también los melodramas de Drury Lane.

Pronto el deseo de visitar los Estados Unidos vino a anidar en la mente de Percy, de tal manera que, aprovechando su primera oportunidad, decidió regresar a Inglaterra, pasando por América. En Nueva York, al visitar a un antiguo conocido, le hablaron con vehemencia del arte cinematográfico, con el resultado de ser invitado a representar el principal papel en una película al lado de Elsie Ferguson. Aceptó la oferta, y, por el pronto, alternó su trabajo teatral con el de la pantalla.

Pero el cine acabó por conquistar a Percy, que decidió renunciar definitivamente el teatro, para dedicarse de lleno a las actividades cinematográficas. Ingresó en la Vitagraph, y en los estudios de esta famosa casa productora interpretó «The cimblers», con Corinne Griffith; «The Winchester woman», con Alice Joyce; «The vengeance of Durand», con la misma estrella; «Slaves of pride», «Does she love me?», «London pride», y, en 1920, «The branded woman», con Norma Talmadge.

Desde entonces, cuanto más ha ido filmando, más ha demostrado sus inmejorables cualidades de artista cinematográfico, y en las películas «La luz que se extinguió», «La calle del olvido» (The street of forgotten men), «Lord Jim», «Flor del capricho» (Mantrap), «Aloma del mar» y tantas otras de la casa Paramount, ha sabido poner su nombre a la altura de la fama que alcanzó en el teatro.

Percy Marmont nació en Londres y recibió su educación en Redhill (Surrey); su peso alcanza las 152 libras y su altura es de más seis pies.

J. ALSINA

Lo que nos ha dicho Juan de Orduña

En España no existe el arte cinematográfico. - No hay directores, artistas, ni nada

El admirable intérprete de «Boy», que en la cinematografía española se ha encumbrado con una rapidez vertiginosa, comienza a destacarse vigorosamente en el teatro.

Juan de Orduña es alto, delgado, de movimientos rápidos. Su cara tiene siempre dibujada una sonrisa. Para hablar, como para reír y mirar, emplea una franqueza que es quizá lo que más resalta en él.

Nerviosamente, en tanto se maquilla, saluda y habla a los visitantes que ocupan por entero el camerino. Su mirada inquieta, como respondiendo a un estado espiritual interior, no descansa un instante. Constantemente sus ojos van recorriendo cuanto hay en la habitación: las personas, el espejo, el lavabo, los vestidos que cuelgan de las perchas, la ringlera de zapatos...

Durante los entreactos, escuchándose todavía los últimos aplausos, interrogamos al popular actor.

En estas charlas, en las que se habla del arte cinematográfico español, la primera pregunta es la de siempre, y no es preciso que se copie. El interés está en la respuesta.

—¿El arte cinematográfico español?—dice un poco espantado—. ¿Pero existe en España ese arte? Aquí no se ha hecho nada, ni se hace nada. Para hacer cinematógrafo hacen falta capitalistas, directores, operadores y artistas. Con ninguno de estos elementos podemos contar los españoles. El capital no existe. Se presentan algunos capitalistas, pero con escasez de dinero y sin ningún altruismo. Cuando planean la construcción de una película, ellos, al ver los gastos, discuten y regatean lo mismo que si eso fuera un comercio menudo. ¿Cómo es posible hacer así arte cinematográfico? Yo encuentro justo que su ignorancia, y lo que es peor, su avaricia, los lleve a la ruina.

—¿Qué ocurre en España entre el capital y los directores de películas?

—Lo que ocurre no lo sé. Lo que sé únicamente es que aquellos que invierten su dinero en hacer una película, por muy bien que les haya ido, no vuelven a hacer otra.

Las causas son fáciles de comprender. Las películas españolas son todas tan malas, que no tienen ninguna aceptación en el extranjero, y el mercado español, que es con el que se puede contar, paga muy poco.

—¿Quiénes de los directores españoles cree aptos para desempeñar con dignidad su cometido?

—¿Con dignidad ha dicho usted?—pregunta rápido Orduña.

—Sí, sí, con dignidad.

—Ninguno! Walken no es más que un fotógrafo; Calvache, un operador regular; Perojo, un ignorante con pretensiones; habilitado, pero inculto. Este es uno de los hombres que con más facilidad han encontrado dinero para hacer películas, pero es el que más ha contribuido a desacreditarnos. Él es también quien está espantando al capital español. Pues todos son poco más o menos: ilusos, atrevidos... Ninguno de los que hasta ahora han dirigido películas, puede llamarse dignamente director, porque ninguno conoce el tecnicismo del cine ni de las demás cosas que se precisan para dirigir. Eso sí, hay mucha envidia y una enorme vanidad por parte de cada uno. Por eso casi todas las películas españolas son flamencas, amarillas y delgadas.

—¿Y los artistas?

Todos somos muy malos. No hay ni uno, enténdalo bien, ni uno solo, que esté en condiciones de filmar una película de categoría. Somos cursis, amanerados y premiosos. Pero de todo el cisma por que actualmente está pasando el arte español, crea usted que nosotros, los artistas, somos los que trabajamos con mejor voluntad. Ponemos en nuestro trabajo cuanto poseemos, toda la fe de que es-

tamos encendidos, y a pesar de nuestro amor, de nuestro entusiasmo, de nuestro orgullo, fracasamos; sí, fracasamos.

Orduña calla un momento. Al confesar esto se ha puesto triste. Él, como artista, sabe que es como los demás, como todos, pero no por su culpa, sino por carencia de medios para desarrollar una obra que los necesita más que ninguna otra. Sin medios no es posible hacer cinematografía. La película no depende solamente del artista. Son muchos los medios con que se han de contar para producir películas; si se prescinde de algunos, fracasa la actuación de un artista, por genial que sea, y la cinta se hunde definitivamente.

—¿Qué opina usted del cinematógrafo extranjero?

—No sé—responde—qué me quiere preguntar.

Entonces, nosotros, concretamos la pregunta.

—¿Qué técnica, qué producciones extranjeras cree usted mejores?

—No hay duda en esto. Alemania es el genio en estas cosas. Los americanos lo hacen bien por los muchos medios de que disponen; pero son unos truquistas. Allí todo es mentira. Los argumentos son falsos; los artistas, fantásticos. El arte de los Valentino, los Rogers, Barthelmess y otros, es mentira. Nosotros somos mejores actores que ellos.

—¿Cuál es su artista favorito?

—Norma Talmadge es, en mi concepto, la más completa y la artista que más se ajusta a su condición. Es, de todos, mi predilecta.

—¿Qué obra filmaría con más gusto?

El actor ríe a carcajadas. No sabe, de momento, qué contestar. La conversación toma otros rumbos. Se habla de literatura, de autores españoles, franceses, italianos, alemanes y rusos.

—He leído poco literatura extranjera—dice Orduña—. La rusa me han dicho que es actualmente la más interesante, pero no la conozco. Le suplico me deje unos minutos para pensar.

Salgo a la sala, invadida de público femenino, elegante y joven. Orduña, desde la pantalla ha mareado a muchas cabecitas soñadoras. Ahora que en persona lo tienen ante sus ojos, lo miran con avidez. Sufrirán una decepción algunas. No todos los sueños tienen un buen despertar. Otras, en cambio, sentirán envidia por las mujeres a quienes él mira, acaricia y enamora en la escena. Pero decepcionadas o envidiosas, hablan del arte del joven galán, de su vida, de sus triunfos, de su juventud, y su figura va despertando interés.

Cuando tornamos al camerino, ya nos espera la sonrisa leal del admirable actor.

—Pues... la obra que con más gusto filmaría, sería una que se escribirá exclusivamente para mí, y en la que mis condiciones se amoldaran, precisa y artísticamente, a las del protagonista.

—¿Su arte predilecto?

—El teatro—replica con entusiasmo—. Al cinematógrafo le estoy muy agradecido; a él le debo el rápido encumbramiento de mi nombre, que de no ser así, hubiera tardado diez o doce años en adquirir la popularidad que hoy goza; pero yo siento más el teatro. El arte de la pantalla es frío, el del teatro es cálido, emotivo, sincero.

—¿Su actuación como artista de teatro implica un alejamiento definitivo de la escena muda?

—De ningún modo. Yo seguiré trabajando para el cinematógrafo. Tan pronto termine mi tournée y regrese a Madrid, que será para julio, empezará la filmación de «Un grito en la noche», adaptación de la célebre novela de Pedro Mata. Después tengo otras proposiciones. Más tarde... ya veremos.

—¿Ha ganado mucho dinero en el cine?

—No me quejo para como está en España el cinematógrafo. Pero en el teatro pienso ganar muchísimo más.

—¿Es cierto—preguntamos en franca camaradería—que es usted el artista español que más cartas de mujeres recibe?

Calla, sin dejar de sonreír. Uno de los que le acompañan, dice:

—En Zaragoza recibió un día treinta y dos.

—¿Pero es también cierto que no contesta ninguna?

—También cierto—dice Juanito—; pero es porque me aburren, carecen de interés; todas dicen cosas parecidas, están cortadas por el mismo patrón, y no se vislumbra en ellas inteligencia, corazón, ni cultura. Son cartas blancas, de niñas blancas, y algunas con sangre azul quizá. Pero no se ve la aventura, la intriga. Por eso creo que no merece la pena contestar tanta ñoñez. Si hasta ahora no he enviado fotografías, ha sido sólo por exceso de modestia. Mi categoría, ciertamente, no es para tanto. No obstante, puede usted decir, para que se enteren aquellas que me han hecho esta clase de peticiones, que muy pronto voy a montar unas oficinas especiales para este fin, y se les mandará ración doble.

—Cuentenos alguna anécdota de su vida.

—Pocas cosas que tengan interés me han ocurrido en realidad. Vulgaridades, escenas corrientes, lo que a todo el mundo. Entre otras, de más o menos parecido, en Bilbao me sorprendió una escena que me llamó la atención. Al hotel en donde me hospedaba llegaron varias señoritas aristócratas a saludarme, diciéndome de paso que tendrían en mucha estimación algunos retratos míos, dedicados, ya se comprende. Accedí gustosísimo. Cuando lo creyeron oportuno se despidieron, pero la última rogó a las demás que la dejaran por un momento sola conmigo. —Voy a decirle eso que sabéis—les dijo a sus amigas—. Yo creí que me preguntaría cosas del cine, y ya me disponía a darle unos consejos; pero quitándose la pamelita que cubría su cabeza, se abalanzó sobre mí como una loca y me dió no sé cuántos besos. Yo estaba un poco sorprendido. Cuando se cansó, echó a correr, y desde la puerta me dijo: —No podía más. Tenía muchos deseos.

Cuando terminan las risas y los comentarios, se pone en pie y me dice:

—Tengo interés en hacer pública mi disconformidad con algunos reclamos hechos sobre mi persona y publicados por algunos periódicos. Yo no autorizo esas cosas, ni las permito. Para un artista que, además, es un hombre, ciertas alusiones son perjudiciales, y todas las comparaciones, odiosas.

—¿Juzga—sin bombo obligado—acertada la orientación de POPULAR FILM?

—No crea que en mi contestación hay adulación, no señor. POPULAR FILM lo considero como la revista mejor orientada de las de su clase. Es el periódico mejor escrito y, desde luego, el más ameno. No hay comparación entre esta revista y otras similares. Y aún creo yo que está muy por encima de las que creen estar más altas.

Y esto es, lector, lo que nos ha dicho Juan de Orduña. Acaso, al verlo en letras de molde, se dé perfecta cuenta de la importancia y valentía de sus afirmaciones. Pero nosotros respetamos sus palabras y las transcribimos sin ponerle ni quitarle una coma. Él, que es un hombre lleno de brío, de juventud y de sinceridad, no ha querido traicionar su pensamiento, y ha hecho bien. Ahora, que cada cual es el responsable de lo que piensa y de lo que dice; nosotros, los reporteros, no hacemos más que reproducirlo y firmarlo.

CLEMENTE CRUZADO



Las últimas noticias recibidas de Norteamérica comunican, primero: Que el día 4 de este mes, Kathryn Carver ha efectuado su divorcio con su antiguo marido. Segundo: Que al día siguiente, o sea el día 5, contrajo nuevo matrimonio con Adolphe Menjou, y que el nuevo consorcio matrimonial, cuyas fotografías tenéis a la vista, embarcará con rumbo a Europa el 19 de este mismo mes, proponiéndose visitar Inglaterra, Francia, España, Italia y Alemania.



Cuatro lindas muchachas de los estudios Paramount, con un buen humor, propio de sus años, han sorprendido al granjero de la finca donde veranean, y mostrándoles la semidesnudez incitadora de sus cuerpos, quieren hacerle perder el sentido.



Mary Brian y Jack Ggan en una cinta cómica de la First National.



Paul Vicente, el protegido húngaro de Susi Fadal, en una nueva fotografía tomada de la próxima cinta de Billie Dove, para First National, «La sensual Lily».

Museo fotográfico de "Popular Film"



DORIS DAWSON

La gentil artista, recientemente agregada al número de artistas principales de la First National

Popular Film

Reflejos

Von Haartman, agregado al elenco de "Ángeles del Infierno"

Carl Von Haartman, noble filandés y héroe de la guerra mundial, es el último de los actores de carácter de renombre en Hollywood que ha sido agregado al elenco de «Ángeles del Infierno», producción de la Caddo para los Artistas Asociados.

Von Haartman ha sido contratado por Howard Hugues, presidente de la Caddo Company para interpretar el rol del comandante del zeppelin en la película de aviación. El dirigible alemán toma una parte importante en las escenas aéreas, y von Haartman figurará preeminentemente en la acción.

Von Haartman posee cinco condecoraciones por su bravura y una por notable hazaña de valor. Oficialmente es grandemente considerado por haber derribado diez aeroplanos rusos.

Corinne Griffith, comienza trabajo en "The Divine Lady"

Los trabajos de fotografía de la especial de First National con Corinne Griffith en el rol principal «The Divine Lady», están en marcha en los estudios Burbank, bajo la dirección de Frank Lloyd.

Esta espectacular producción presentando los amores de lady Hamilton y lord Nelson, es adaptación de la novela de E. Barrington. La historia se desarrolla alrededor de la vida de Emma Cadogan, quien de humilde sirvienta ascendió a ser la inspiración de los valientes hechos de lord Nelson e indirectamente fué la salvadora de su patria. El pintor Romney la descubre; Greville la educa como una gran señora, pero para deshacerse de ella la casa con sir William Hamilton. Adquiere poderío en los círculos diplomáticos de Nápoles, y salva a su patria gracias a su amistad con la reina.

Cómico en percance

Larry Langdon hizo una escena en su nueva cinta (aún sin título) que no estaba en el programa. Y lo que es peor, no pensaba tomarla.

Harry, trabajando en el techo de la casa de dos pisos en construcción en Hollywood, saltaba de andamio en andamio con la agilidad de una bailarina, y cargaba varias tablas en el hombro cuando ocurrió la escena. Uno de los andamios no estaba bien colocado, y Harry descendió sin esperar el elevador.

Resultó una caída de veinticinco pies, atravesó una lona y pasó entre un montón de madera y otro de ladrillos. Cayó como un plomo, pero se levantó inmediatamente ante los ojos atónitos de los operarios. Se le aplicaron los rayos X, y sólo se descubrió un tobillo aporreado y el consiguiente susto.

Y ahora Harry declara que si tiene que bailar cargando tablas, lo hará en camino abierto y sin ningún auto a la vista.

Norma Talmadge ha tenido la misma camarera durante diez años

Norma Talmadge ha sido el objeto de numerosos artículos de periódicos y revistas, siendo considerada como una de las mujeres sobre la que más se ha «escrito» en todos los tiempos. Quizás hay una fase de su carrera que no ha sido descrita por los escritores, comentada por los editores y fotografiada por los fotógrafos.

Diez mil redactores han hecho a Norma sin número de preguntas acerca de innumerables cosas, y siempre ha contestado lo que sinceramente pensaba, fuera cual fuere el asunto tratado. Probablemente hay millones de personas en el mundo que creen que saben todo lo que hay que saber sobre Norma Talmadge, pues cientos de escritores se han dedicado a relatar sus dichos y hechos. Pero hay algo que les ha pasado inadvertido, y que seguramente interesará a toda mujer americana.

Miss Talmadge ha tenido la misma camarera durante diez años!

Una cosa muy fácil de decir, pero que tiene una gran significancia: una de esas pequeñas cosas que revelan un carácter. Susie es una mujer que ha seguido la fortuna de miss Talmadge en sus viajes a través de Europa y América, por medio de las escenas de las películas, en los periodos de descanso y de trabajo por el extranjero, nunca disminuyendo su solicitud, y no habiendo la menor idea de que alguna vez haya tenido una réplica para ella.

Un nuevo Napoleón

Charlie Chaplin ha recibido tantos ofrecimientos para representar a Napoleón en su anunciado film sobre la personalidad y la vida privada del célebre corso, que está a punto de creer en todas las anécdotas que empiezan: «Se consideraba un Napoleón...»

Carlyle Robinson, director de publicidad de los estudios Chaplin en Hollywood, ha manifestado que ha habido muchísimos ofrecimientos para caracterizar a Napoleón sin retribución alguna, que ha habido quien ha ofrecido bonificaciones para llegar a ser artista cinematográfico bajo la dirección de Chaplin; mujeres que han escrito comparando a

El agua de mesa más económica Sales Litfnicas Dalmau

sus maridos con el famoso personaje, y la mujer de un sastrero diciendo que está convencida de que sería el tipo ideal para Josefina.

Sólo seis artistas profesionales cinematográficos solicitan el rol de Napoleón, probando que un artista de Hollywood pronto comprende que un personaje semejante tiene absoluta necesidad de un supervisor. Como dijo Ludwig: «Sólo Napoleón sabe mandar».

Charlie Chaplin no ha pensado todavía en nadie para el rol del corso, ni ha elegido tampoco ninguna Josefina. En lugar de ello, está terminando el argumento para su nueva película que será una comedia, y que empezará su producción el 15 de mayo. Harry Crocker está ayudando a Charlie en la preparación. Merna Kennedy, que fué la protagonista de «El circo», aparecerá también opuesta a mister Chaplin en esta producción.

El nuevo estrella de Samuel Goldwyn

Walter Butler, elegido por Samuel Goldwyn para sucesor de Ronald Colman en los papeles de protagonista opuestos a miss Ban-

ky, llegará próximamente a América, siendo ésta la primera visita que hace a dicho país.

Después de varios días de estancia en Londres, en los que entrevistó a docenas de artistas, Mr. Goldwyn casi había decidido abandonar la busca del sucesor de Mr. Colman, pero éste, que se hallaba entonces en Inglaterra pasando unos días de vacaciones, le visitó en el hotel, sugiriéndole la idea de contratar a Walter Butler. Goldwyn le rogó que se lo presentara inmediatamente, y aquella misma noche el contrato quedó firmado.

Butler ha trabajado en los escenarios de Londres e interpretado pequeños papeles en películas inglesas. En cuanto llegue a Nueva York saldrá para Hollywood, donde interpretará el rol opuesto a miss Banky en «Ducente».

John W. Considine Jr., joven director de producción de los estudios de los Artistas Asociados, llegará próximamente a Nueva York

Próximamente llegará a Nueva York el joven productor de veintinueve años de edad, John W. Considine, Jr., procedente de Hollywood, a fin de preparar la presentación en Broadway de la última película de John Barrymore, titulada «Tempestad».

La historia de Mr. Considine es altamente interesante. Hijo de padre multimillonario, del famoso Considine del circuito de vaudeville Sullivan & Considine, un desastre financiero y la ruina total de su familia le obligó a trabajar con todo ahinco para restaurar la perdida riqueza.

Ahora este hijo es director general de producción de la Art Cinema Corporation, y ha revisado films producidos por Norma Talmadge, Constance Talmadge, John Barrymore, Rodolfo Valentino, Corinne Griffith, Louis Wolheim y otros notables artistas.

John Considine es un nuevo tipo de patrocinador de la cinematografía. Educado en Lelan Stanford (Yale) y en las Universidades de Oxford y Heildelburg, el joven Considine hace seis años empezó a trabajar por 50 dólares a la semana como tercer ayudante del director Sidney Franklin. Preparó el viaje al extranjero de Norma Talmadge y Joseph M. Schenck, fué ayudante del director general de la compañía de Buster Keaton, revisó los films en los que Norma y Constance Talmadge aparecían como estrellas, fué presidente de la Feature Productions, y ahora es director general de la Art Cinema Corporation.

Considine llevó a Rodolfo Valentino a la fama y la fortuna en «El aguila negra» y «El hijo del Caíd», y revisó «Hermanos de armas», la producción que revela el genio directivo de Lewis Milestone y la técnica cómica de Louis Wolheim.



Popular Film

FilmoTeca
de Catalunya

CORREO FEMENINO

por ALICIA FERRÁN

Juanita Gómez. — Palamós. — Lo más conveniente es que tome usted un depurativo para la sangre y lávese con agua caliente en la que haya disuelto bastante bicarbonato. Después se fricciona la piel con alcohol puro o agua de colonia.

M. Rodríguez. — Tánger. — Lo mejor para lo que usted desea es dar largos paseos a pie, remar y palmar; dormir por lo menos ocho o nueve horas. Coma muchas féculas y tome fosfatos. Y haga gimnasia todas las mañanas. Para el cabello lo más práctico es, por las noches, separarlo en mechones y cepillarlo cuidadosamente, después arrollar estos mechones con una cinta del color que más le guste. El agua ligeramente azucarada y la cerveza libia favorecen rápidamente el rizado, y para la toilette procure tener siempre a mano:

Un pomo de crema para la limpieza de la piel (absolutamente pura, y sin materias que permitan el crecimiento del vello).

Una caja de polvos dignos de confianza (el tono que convenga al cutis, y no simplemente el color que nos guste).

Un frasco de colorete líquido.

Colorete en polvo para las mejillas.

Colorete de grasa para usarlo constantemente durante el día.

Una caja de sombra para los ojos, castaño claro o azul.

Color para las pestañas y un lápiz negro, azul o castaño, de acuerdo con el capricho y lo que mejor nos quede.

Varias borlas, absolutamente limpias, para aplicar los polvos.

Un paquete de algodón absorbente.

Una toalla muy suave.

Echaremos entonces todo el pelo hacia atrás; frotaremos en la piel del rostro una buena crema para limpiar; humedeceremos un pedazo de algodón en la loción y secaremos bien la cara.

(Si usamos agua, usémosla antes de la loción; el agua no hace tanto daño al cutis mientras esté la crema en el mismo.) Sequemos la cara suavemente con la toalla, empolvándonos con un tono de polvo que hayamos estudiado y que estemos seguras que nos queda perfectamente bien; generalmente para las morenas claras lo mejor es un tono «Rachel», y «ocre» para las muy trigueñas. Esto sólo puede saberse por medio de experimentos.

Después de ponerse los polvos (lo contrario de la opinión corriente) debemos frotarnos la menor cantidad posible de arrebol en las mejillas. Si no es suficiente la cantidad que nos hemos puesto, nos pondremos otro poquito, y otro poco más si lo creemos necesario, pero nunca ponernos mucha cantidad primero y luego tratar de quitar el excedente.

Para el colorete debemos antes hacer un estudio concienzudo, aplicándolo de varias maneras hasta conseguir la que mejor nos quede.

Raquel. — Zaragoza. — Siento mucho descorazonarla, pero para las cicatrices no hay remedio. Es cierto que se anuncian algunos preparados que según dicen las borran, pero yo no lo creo. Hace varios años conocí a cierto individuo que fiado de uno de estos reclamos se puso en tratamiento para quitarse los hoyos resultantes de las viruelas. La curación fué lenta, dolorosísima y costosa. Al final de ella el muchacho se hallaba tan desesperado que quería suicidarse. Los hoyos de las viruelas no le desaparecieron nunca. Trate de disimular la suya con los polvos, el colorete, algún velito, etc. Poco a poco se le irá atenuando y con el tiempo le llegará a parecer imperceptible.

Su amigueta. — Si le queda la piel irritada después de usar el depilatorio debajo de los brazos, aplíquese una capa de cold-cream. Será mucho mejor que esta operación la haga usted antes de acostarse, dejando toda la noche puesto el cold-cream. Tenga cuidado para lo sucesivo en seguir bien las direcciones que le den en el depilatorio, pues probablemente

usa usted una cantidad mayor que la necesaria, y por eso le irrita la piel. Puede usar sin inconveniente la crema sin grasa antes de darse los polvos. Adquiera, además, el hábito de limpiarse todas las noches la cara con un buen cold-cream. Verá cómo nota una gran mejoría en poco tiempo.

Carolina Aznar. — Cádiz. — Efectivamente, señora, yo creo que se preocupa usted demasiado por los afanes diarios de la vida, y como resultado de esto se ve atacada de insomnio. Es una malísima costumbre la de ponerse a pensar después de acostarse. Para dormir bien, el cerebro debe tener un descanso tan absoluto como el cuerpo. Y si usted ha tomado la mala costumbre de no dormir, haga la prueba de tomarse un baño caliente y beber un vaso de leche también caliente, marchándose en seguida a la cama. Cuando se acueste hágalo con la idea de que va a dormir admirablemente, y no vaya pensando en la eterna muletilla que le he oído repetir a mucha gente: «Me voy a la cama, aunque ya sé que no voy a dormir». Para los calambres del estómago, que probablemente le son producidos por indigestión, consulte con su médico, pues nosotros no podemos indicar nada con respecto a la salud más que consejos generales basados en la propia experiencia y en la ajena.

Afligida. — Habana. — Debe cuidar extraordinariamente de sus ojos, no sólo porque si están cansados o enfermos, afectan enormemente a la belleza de la mujer, sino por el perjuicio que a la larga puede resultarle can-

**ELESVA LAS MEJORES HOJAS DE AFEITAR
PIDIDAS EN TODAS PARTES**

sando demasiado su vista en un trabajo de aguja constante. Con lápices y cosméticos se puede contribuir a embellecer los ojos exteriormente, pero el conservarlos claros y limpios es ya cosa más difícil. El cansancio es lo que más afecta la expresión de la mirada, y es, por lo tanto, importantísimo que los ojos descansen lo más y mejor posible. Si no ve usted perfectamente, debe usar espejuelos para bordar, sin que para eso importe nada que usted sea muy joven. Cuando termine de bordar o de leer se los quite y los guarda en el bolso como si no los usara. Cuidé también del efecto de las luces y de la posición en que se coloca para trabajar, procurando que la luz le venga siempre del lado izquierdo. Y cuando se sienta con la vista muy cansada, póngase compresas de agua fría sobre los párpados, renovándolas tres o cuatro veces. Le parecerá milagroso el efecto y notará un enorme descanso, al mismo tiempo que le desaparecerán las pequeñas líneas rojas que se forman en la córnea y que no son otra cosa que la irritación producida por el exceso de trabajo.

María del Carmen. — Sevilla. — En números sucesivos le contestaré a los datos que desea, hoy puedo complacerla con estos tres.

Einar Hansen, el Valentino sueco, murió a consecuencia de las lesiones sufridas en un accidente de automóvil.

El esposo de Dolores del Río es el multimillonario mejicano Jaime Martínez del Río, que escribía argumentos para películas, y cuyo último argumento original, hecho en colaboración con Lois Leeson, titulado «The Lady from Hell» (La dama del Infierno), ha sido vendido a Edwin Carewe.

Helene Costello, recientemente comprometida con Douglas Fairbanks, hijo, amenaza con cambiar su nombre por el de Helenka Costellovich, ya que están tan en boga los artistas extranjeros.

La película del año

La llegada de una nueva comedia de Charlie Chaplin es ahora un acontecimiento de gran importancia, y en el caso de «El circo», última obra de Charlie, ha sido un verdadero éxito.

Nadie puede acusar a Charlie Chaplin de haber llenado los mercados con sus producciones, no ha tomado nunca parte en el ridículo esfuerzo de sobreproducción que ha sido uno de los principales azotes de la cinematografía. Realmente, Chaplin no ha producido más de tres comedias en seis años: «El peregrino» en 1923, «La quimera del oro» en 1925, y ahora «El circo» en 1928. Y para todos aquellos que reverencian el arte de Charles Chaplin (y que son bastante numerosos entre nosotros), esto es un número de producciones espantosamente insuficiente.

Pero no hay fuerza en el mundo que sea capaz de apresurar a Charlie Chaplin cuando a él se le ocurre no tener prisa; no presta atención a los fervientes deseos de todos los que comprenden el dinero que Chaplin les proporcionaría si hiciera más películas. Él es el amo, su productor, al mismo tiempo que su propio autor, director, empezando y terminando los films a su absoluta voluntad.

Hay cierta tendencia entre cierto público a sentirse un tanto impaciente, opinando que Charlie Chaplin está perdiendo la época que mejor podría dedicar a nuestro entretenimiento. A cada nueva producción de Harold Lloyd, Buster Keaton o Harry Langdon, el público se apresura a exclamar: ¡El rey de la comedia ha muerto! ¡Larga vida al rey!

Y, sin embargo, el portador del destrozado hongo dirige algún tanto las tormentas de la desaprobación, sobreviviendo a las periódicas ondas de escándalo que surgen por medio de las páginas de la prensa. Pero en el momento en que parece que ha llegado a ser sólo un recuerdo, se materializa y recupera su trono vacante. El decir que «El circo» es otro éxito de Charlie Chaplin es declarar algo por demás sabido; en mi concepto, el mayor triunfo de su carrera ha sido éste. Parece que establece el hecho—todavía no bien definido de que él es el único gran genio del drama silencioso, el único en quien están combinados todos los talentos esenciales para la creación de un trabajo de arte en la pantalla.

«El circo» muestra a Charlie Chaplin en su rol usual de absurdo e interesantemente patético vagabundo, que se siente arrastrado por el torbellino de los acontecimientos, hasta que se abandona completamente en brazos de lo desconocido. Esta metáfora parece altamente poética, lo confieso; pero es imposible tratar de hacer una crítica sobre una película de Chaplin sin sentirse lírico.

El argumento de la película es lo que tiene menor importancia en ella; baste decir que Chaplin, evadiéndose de la policía, como de costumbre, entra en un circo e inadvertidamente toma parte en la representación. Tan fuertes son las careajadas del público, provocadas por su imprevista aparición, que el astuto director le contrata como ayudante de tramoyista, sin que el pequeño vagabundo se percate de que es su rara personalidad la que levanta tan sonoras careajadas. Para mostrar cuán completamente Charlie Chaplin ha revertido el tipo, me limitaré a mencionar una escena extremadamente cómica con un niño, y otra sobre la cuerda floja, cuando los monos se encaraman sobre él y le muerden la nariz.

Puede ser que yo esté demasiado entusiasmado con Charlie Chaplin; pero el caso es que lo considero el artista más gloriosamente cómico y el ejemplo más completo y satisfactorio de atracción cómica que he encontrado.

Nuevo domicilio

Los señores Balart y Simó han sido nombrados representantes exclusivos del «Bloc europeo» para las regiones de Cataluña, Aragón y Baleares.

Para ampliar el negocio, los señores Balart y Simó han trasladado el domicilio social a la calle de Aragón, número 249.

Popular Film

FilmoTeca
de Catalunya



En el óvalo, Julia Verdiales, bailarina; en el otro óvalo, la pareja de bailes internacionales, Lon y Janot; Tina de Jarque, con un gracioso muñeco; María Caballé, con la castiza guitarra y Luisa Villalba, danzarina (siluetada).



Isabelita Ruiz
Bailarina

Lo que piensan del cine las reinas de la revista

(Escrito exclusivamente para POPULAR FILM por el notable redactor de *Heraldo de Madrid*, Rafael Solís)

Todo espectáculo bajo el patronímico del Arte, ha de tener una relación, aunque somera, entre sí. La bella plasticidad de las figuras de una revista, la visión mágica de sus cuadros de riqueza y colorido sin igual, sus

componentes de un estudiado artificio efectista, son temas propiamente al cine. Puede agregarse, además, una razón de parentesco espiritual o artístico, que abone esa concomitancia, tal de la que son muchas las artistas de otros géneros y, por tanto, de revistas, que han tomado parte activa en el rodaje de películas españolas o extranjeras. Entre las intérpretes de «La orgía dorada», pueden destacarse como actrices de la pantalla, Tina de Jarque e Isabelita Ruiz, que tuvieron afortunada intervención en

la edición de las cintas «Destino», «Bigamia» y «La medalla del torero». Isabelita Ruiz, en una actuación de París, sustituyó a Raquel en el rodaje de «Bigamia», siendo dirigida por el conocido cineasta que editó «Violetas imperiales».

De la importancia que la industria cinematográfica alcanza en España y de su espectáculo artístico, habla muy elocuentemente la afición y hasta la preocupación que por él sienten nuestras artistas. Ninguna ha desdeñado al cine en la contestación que dieron a mi requerimiento. Todas ellas se muestran

vivamente interesadas por el espectáculo; a todas les interesa el espejo de la pantalla, donde, en ningún otro lugar, se las ofrece el reflejo de una autoinspección y de un progreso. Las atinadas consideraciones que en este respecto, ofrecen anchurosamente para la meditación, desde el sagacísimo estudio de María Caballé, a quien complacientemente el espectáculo mixto de cine y de revista, le ofrece una delicada y admirable aleación de los dos mundos artísticos homogéneos, hasta la femenina y graciosa salida de Luisa Villalba, a quien encanta la oscuridad y el pro-

picio ambiente de confianza del espectáculo cinematográfico.

Sí, hay que hacer resaltar la expresión de su espíritu acendradamente femenino en esta encuesta. Nuestras artistas votan por la película, pero a condición de que ésta sea substanciación sentimental, fervorosa exaltación del corazón, con un poquito de aventura, delicadamente, blandamente...

Y en esto, las artistas españolas no sólo se muestran mujeres, sino mujeres latinas, mujeres de una raza que por encima de todo ponen su corazón.

RAFAEL SOLÍS



Anita Lasalle
Tiple Cómica

Algo desastroso es lo que le acaba de suceder a la pobre Josephine Lido.

Fué traída de Europa por Carl Laemmle (hijo) para actuar en calidad de actriz importante en los talleres de Universal. Firmado el contrato, se le ordenó que se pusiera a dieta rigurosa para adquirir el cuerpo esbelto y juvenil que se requiere en el cine; pero por desgracia, la alegre Lido hizo lo contrario de esto, comiendo siempre hasta hartarse. Por consiguiente, en vez de adelgazar, se ha puesto enormemente gorda. Ahora los talleres de Universal han deshecho el contrato y la van a devolver a Europa, donde el ser gorda no es desgracia tan grande como en Hollywood.

Norman Kerry está otra vez alegrando los talleres de Metro-Goldwyn-Mayer. Y digo alegrando en sentido literal, pues Norman, donde quiera que se encuentra, parece difundir algazara y alegría entre los que le rodean.

Ha sido prestado por la casa Universal a los talleres arriba mencionados para hacer el principal papel masculino en «Tide of Empire».

Larry Kent, joven actor de First National, ha recibido dos semanas de vacaciones, con orden de pasarlas a bordo de su pequeño yate en la costa vecina a Hollywood, y conectar todas las noches, a las siete en punto, su radio con la estación KFI de Los Angeles, para saber si los talleres de First National lo necesitan al día siguiente.

El único asistente de director mejicano en Hollywood, hoy día, es Raul Reyes. Trabaja el señor Reyes como uno de los asistentes del director Herbert Brenon.

Monte Blue nos escribe desde Papeete, en las islas Marquesas, adonde marchó a filmar una película basada en la novela de la vida de Las Marquesas, escrita por Frederick O'Brien, que se ha hecho tan popular entre los nativos de la isla.

Charlie Chaplin ha agregado a su cuerpo técnico a Henry Clive, el artista que fué a Hollywood a pintar un retrato de tamaño natural de Mr. Chaplin en su famoso traje de vagabundo, siendo durante su ejecución que el comediante contrató a Clive como miembro de la organización del estudio.

Henry Clive figuró en una época en papeles de protagonista opuestos a Maxime Elliott, Virginia Pearson y Leah Baurd. También fué director técnico de Syd Chaplin. Antes de ingresar en los trabajos cinematográficos, Clive apareció en los teatros como «Clive el Grande», ilusionista y creador de «El espíritu de la pintura».

Sally O'Neil ha sido contratada por David Wark Griffith para el rol de Ruth en «La batalla de los sexos», próxima producción de Griffith para los Artistas Asociados. Phyllis Haver, Belle Bennett y Jean Hersholt, han sido también contratados.

Edwin Carewe, «descubridor» de Dolores del Río y director de «Resurrección» y «Ramona», llegó recientemente a Nueva York, procedente de Hollywood, acompañado de su administrador Louis Jerome y su publicista Harry D. Wilson.

En su última visita a Nueva York, Edwin

Carewe contrató a Ilya Tolstoi, hijo del escritor ruso, como consejero de «Resurrección», y desde entonces el conde Tolstoi ha permanecido en Hollywood.

Mr. Carewe ha ido a Nueva York para preparar el estreno de «Ramona», película basada en una obra histórica sobre los indios, de Helen Hunt Jackson, y lo mismo que «Resurrección», interpretada por Dolores del Río, y producida por Edwin Carewe junto con la Inspiration Pictures.

Vilma Banky, estrella de «Dos amantes», con Ronald Colman, producción de Samuel Goldwyn, que se está exhibiendo con gran éxito en el Embassy Theatre de Nueva York, ha sido elegida por los peritos de la Telephoto Division de la American Telephone and Telegraph Company, como el tipo ideal para la primera transmisión por teléfono.

En ruta de Nueva York a Hollywood, miss Banky posó ante las baterías de las cámaras cinematográficas de Chicago, y una hora más tarde una fotografía de la estrella de Samuel Goldwyn se hallaba por teléfono camino de Nueva York.

Mr. Goldwyn, de vuelta ya de un breve viaje por Europa, al comprobar el resultado del experimento, se mostró grandemente entusiasmado por sus posibilidades, rechazando enérgicamente la impresión general de que la cinematografía por teléfono — tal como se ha probado con miss Banky — era solamente apta para la transmisión de acontecimientos sensacionales.

«Comercialmente, la película por teléfono tiene casi ilimitadas posibilidades, facilitando a la policía medios rápidos de identificación, y en forma positiva en casos dudosos; a los científicos, el estudio del movimiento del microbio, y la explicación de un complicado proceso mecánico, entre otros muchos casos.»

Miss del Río está ya contratada para hacer siete películas para los Artistas Asociados, la primera de las cuales será «Venganza», basada en una novela de Konrad Bercovici, titulada «La hija del domador de osos».

Aunque sólo lleva en los campos de la cinematografía dos años y medio, Dolores del Río ha aparecido en films distribuidos por los Artistas Asociados, Metro-Goldwyn, Fox y First National, estando bajo contrato personal con Edwin Carewe desde que hizo su debut cinematográfico.

Viajando en caravana de automóviles, la compañía de Norma Talmadge se ha localizado a veinte millas de Tehachapi, California,

para filmar algunas escenas de la nueva película de Norma Talmadge para los Artistas Asociados, titulada «La mujer disputada».

Millon Sills presenta un drama intenso y realístico en «The Hawk's Nest», la vida errática de los barrios bajos, de malhechores y cafés cantantes, chinos y collares de diamantes, muchachas y asaltos. La historia es de Wid Gunning y la dirección está a cargo de Benjamín Christianson.

Mary Astor pronto empezará «Once There was a Princess», chistoso romance lleno de emoción y escenas de amor

Corine Griffith ya han empezado «The Divine Lady», fiel historia del romance de lord Nelson, el héroe de Trafalgar, y lady Hamilton, reina de belleza del siglo XIX. Esta colosal producción la dirigirá Frank Lloyd, y se basa en la novela de E. Barrington. Un reparto idóneo, trajes y escenas pintorescas dan realce a la primera película de miss Griffith bajo el nuevo contrato con la compañía.

Harry B. Ham, jefe de producción de First National, celebró el restablecimiento de la compañía en Elstree el 3 de abril con una lamentable caída escalera abajo. La habilidad de Mr. Ham como estrella de Christie Comedy en casos similares, siempre le ha favorecido, saliendo ileso, por lo general, pero en esta ocasión fué a parar, desgraciadamente, en escombros y montones de madera, de tal suerte que actualmente su nombre se encuentra en la lista de accidentes con una costilla rota.

Agnes Christine Johnson está escribiendo la adaptación para la pantalla de «Outcast», la segunda cinta de Corinne Griffith para First National, producida por Walter Morosco. La cinta se basa en la afamada pieza teatral de Hubert Henry Davies, en la que Elsie Ferguson obtuvo mucho éxito en las tablas. Miss Griffith se ocupa actualmente en «The Divine Lady», de la novela de E. Barrington, bajo la dirección de Frank Lloyd.

Richard Barthelmess, en «Roulette», ofrece precisamente la cinta que sus admiradores esperan — de intenso drama y en la que puede desplegar su refinado arte—. La dirige Alfred Santell, y se basa en una historia de Fannie Hurst.

Harry Langdon está haciendo una nueva comedia, y Ken Maynard ha concluido recientemente un drama al aire libre, «Code of the Scarlet». Johnny Hines está preparando otra producción de risas.

«The Whip» es una historia de carrera de caballos en Inglaterra, basada en el melodrama de Drury Lane, profusa en escenas emocionantes y amorosas. La dirige Charles Brabin, y Dorothy Mackaill tiene el papel principal, ayudada por un estupendo reparto.

Jack Mulhall aparece en otra viva comedia dramática, «The Butter and Egg Man», presentando aspectos de la vida teatral de Nueva York. Dirígela Richard Wallace.



B A S E S

del

Concurso de semblanzas literarias

PRIMERA: En estas Semblanzas literarias, se procurará recoger, además del *retrato físico* de la "estrella" a que se refiera, alguna anécdota suya — si la tuviera — y su personalidad artística dentro del cine español.

SEGUNDA: Las Semblanzas habrán de ser escritas en prosa y su extensión no habrá de exceder de una columna de "POPULAR FILM", pero deberán alcanzar media columna, como mínimo, de nuestra revista.

TERCERA: Dichas Semblanzas habrán de ser, necesariamente, de cualquiera de las "estrellas" españolas de cine cuyos nombres damos a continuación, por orden alfabético:

AMELIA MUÑOZ.
CARMEN VIANCE.
CARMEN TOLEDO.
CELIA ESCUDERO.
CONCHITA PIQUER.

ELISA RUIZ ROMERO (La "Romerito").
LUISA FERNANDA SALA.
MARÍA LUZ CALLEJO.
MARINA TORRES.

CUARTA: Ningún concursante podrá enviar más de una semblanza y ésta escrita a máquina o con letra muy clara.

QUINTA: Los trabajos que recibamos se irán publicando por riguroso orden de recepción y es condición indispensable que vayan firmados con un pseudónimo. En sobre aparte, cerrado y lacrado, se enviará una hoja de papel en el que conste el título de la Semblanza, el pseudónimo con que se haya firmado, y el nombre, apellidos, domicilio y ciudad donde reside el concursante.

SEXTA: Después de publicadas todas las Semblanzas, que sean admitidas por el Jurado, compuesto por periodistas de reconocida competencia — cuyos nombres no se darán a conocer hasta después de publicado el fallo —, se adjudicarán los tres PREMIOS que se conceden que serán: el 1.º, 25 PESETAS; el 2.º, UN RETRATO DE BUEN TAMAÑO CON MARCO, de la "estrella" de que el ganador de este premio haya hecho la Semblanza y 3.º, UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A "POPULAR FILM".

Y SÉPTIMA: El Concurso empieza en esta fecha y terminará el día 14 de Junio del año actual.

turas se desarrolla en la bella ciudad italiana, y ello da lugar a una preciosa exposición de vistas. Constance Talmadge es, sin disputa, la mejor de cuantas actrices desfilan por las pantallas mundiales. Antonio Moreno, como siempre, muy ajustado y entonado en su papel.

Pathé Cinema: "La loca de la casa"

El mayor mérito de esta producción nacional estriba en el glorioso nombre que lleva. Pérez Galdós es una de las glorias más puras de nuestras letras. El intento de adaptar una obra suya, ya merece nuestra simpatía. Las principales escenas de esta obra están filmadas en Montserrat, la montaña única, en el monasterio de Poblet y en los alrededores de Barcelona. Carmen Viance es la artista genial cuyo nombre no necesita elogios. Su labor, como protagonista de «La loca de la casa», es una de las más acertadas.

"La Diablesa"

En este mismo salón se estrenó el día 14 la sensacional producción presentada por «Selecciones Capitolion».

La novela—de cuya obra está tomada esta película— alcanzó uno de los tirajes mayores que se conocen; y el nombre de su autora, la célebre escritora inglesa condesa de Cathcart (Vera), se hizo rápidamente famoso. Con estos precedentes, la cinta tenía ya un interés. La labor que desarrolla la gentil Juliette Compton es admirable. La secundan con acierto la bella Nina Vaina y los galanes Warwick Ward y Malcom Tod. ESTEVE Y RIBES

NOTICIAS DE BARCELONA

Conferencias cinematográficas

Sabemos, por referencias, que la semana pasada comenzaron una serie de conferencias cinematográficas, organizadas por la Asociación de empresarios de espectáculos de Cataluña. Sabemos, también por referencias, que la primera conferencia se celebró en el local social de dicha asociación, Ronda de San Pedro, 20, y que en ella disertó la señorita María Luz Morales. Creemos que, como el acto fué público, no sería una omisión el excluirnos entre los periodistas invitados al acto; pero nos sorprende la desatención que algunos señores de los que componen la Asociación tienen para algunos periódicos cinematográficos. Si ellos, que son los obligados, no nos tienen en cuenta, nosotros tampoco los tendremos a ellos.

El día 9 tuvo lugar en el hotel Ritz el banquete de despedida con que los empresarios y concesionarios cinematográficos obsequiaron a mister W. E. Simpson, que hasta ahora desempeñó la dirección general de la Metro Goldwyn, en España, y que pasa a ocupar el mismo elevado cargo en Méjico.

Concurrieron al acto varias docenas de comensales, representando a los más destacados sectores de la cinematografía barcelonesa.

Al descorcharse el champán, hicieron uso de la palabra los señores Messeri, de la Paramount, y Huguet, presidente de la Defensa Cinematográfica.

El homenajeado agradeció en frases sentidas las pruebas de afecto que recibía.

Nuestra cubierta

Blanche Sweet, la notable estrella de la Paramount, única en la caracterización y encarnación de tipos populares, y Clive Brocck, de los mismos estudios, ilustran las portadas del presente número.

P A N T A L L A S

Capitol y Coliseum: "La flor del desierto"

Los Artistas Asociados tiene un esmero, muy digno de aplauso, al producir sus películas. Los actores más consumados en el difícil arte de la interpretación muda, y las más concienzudas actrices, forman el más interesante elenco de los estudios americanos. Los argumentos, escrupulosamente revisados, son escritos para los artistas de la asociación, y así, con esta norma, no hay película que adolezca del más pequeño defecto.

Cuando asistimos al estreno de una película de esa marca, tenemos por descontado el éxito. ¿Qué vamos a decir de la estrenada el lunes pasado en los teatros Capitol y Coliseum?

«La flor del desierto» es el drama supremo de una historia conocida por todos. El hombre en constante lucha con la vida y el amor; pero la epopeya no es de nuestros tiempos, sino de aquellos lejanos del primitivo oeste. La ignorancia de aquellos hombres rudos contrasta con el refinamiento de hoy.

Vilma Banky y Ronald Colman, la sublime pareja de amantes, están insuperables.

Tivoli: "Los maestros cantores de Nuremberg"

Es de enorme dificultad llevar a la pantalla obras del repertorio wagneriano. No solamente ofrece inconvenientes el asunto, ya de por sí escabroso, sino la adaptación de la música, que siendo de Wagner ha de ir, en un todo, ajustada a las escenas mudas. Estas dificultades las vencen los técnicos alemanes con una maestría por nadie igualada hasta hoy. Todo el arte cinematográfico alemán es un soberbio alarde de precisión, de belleza y de igualdad. Los artistas están tan encajados en sus papeles; la luz, el paisaje, el atrezzo, todo es magnífico y grande.

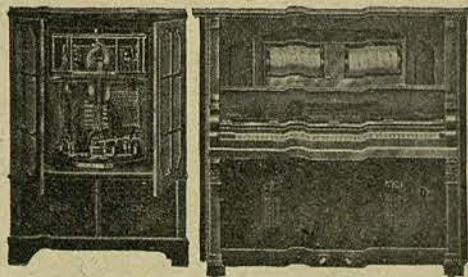
El Tivoli cuenta con una obra más en su estupendo repertorio.

Kursaal y Cataluña: "La Venus de Venecia"

En estos salones, que nuestra aristocrática sociedad distingue con su presencia asidua, se estrenó últimamente una superproducción de la First National, titulada «La Venus de Venecia».

Dos grandes artistas de los más admirados por nuestro público se presentan en esta cinta: Constance Talmadge y Antonio Moreno. La acción de esta finísima comedia de aven-

INSTRUMENTO ELÉCTRICO
HUPFELD



exclusivo para CINES

EMPRESARIOS:

pedid catálogo y condiciones del mismo a

J. MOTA

Exposición y venta: ANCHA, 46 **Barcelona**

Popular Film

Y si, lector, dijeres ser comento...

Unas contundentes y sabrosas razones de Conchita Piquer. - Entre sorbo y sorbo de una taza de rico te moruno, la deliciosa artista se explaya en una charla sugestiva e interesante. - El cine, las variedades, las artistas viejas, el amor, la paella valenciana, la literatura y la "Mare de Déu dels Desamparats". - Ahí queda eso para que lo rectifiquen

De Conchita Piquer se ha hecho en algún sitio una personalidad falsa; yo confieso que en ciertos momentos y sin conocerla, podía participar en la opinión de esa aureola de mujer enredadora que la han adjudicado quienes no la conocen. En este país de aduladores, cobardes, de habladores *sotto voce*, quien sienta hondo y piense alto sus inquietudes espirituales, forzosamente ha de pasar por revoltoso. Pero, ¡es que la sinceridad suena a una valentía en este país, que en fuerza de desconocer su sonido, muchos la confunden con otra cosa...!

Ahora, al escribir estas líneas, con el grato sabor que me dejó su conversación, he de proclamar que ni es intriga ni afán de una *reclame* provechosa, ni siquiera desmedida ambición de destacarse lo que lleva a Conchita Piquer a hacerse singular muchas veces. En ella hay un cúmulo de fuerzas, que una cualquiera la bastaría para sobresalir por encima de la mediocridad de nuestras artistas. Es bella, es sugestivamente encantadora en su conversación, es formidablemente y expresivamente artista... ¿qué más? ¿Acaso la es necesaria otra cosa para justificar su encumbramiento? Yo confieso que el entorpecimiento embarazoso que se siente ante muchas de nuestras mujeres del arte, sin saber qué preguntarlas, sin que la imaginación rinda en sus funciones de tortura algo que nos sugiera la presencia femenina, eso no lo he sentido en casa de Conchita Piquer hablando con ella. Dos horas en charla animada, en el tono de una familiaridad amistosa, que se gana con ella a las primeras palabras cambiadas, son ya motivos para obligarse a la justicia de reconocerla como una mujer superior, excepcional.

Y ahí tienes, lectora y lector, cuanto hablamos.

—¿Otra *interviú*?

—Otra, y las que le esperan a usted, porque dadas su juventud, su belleza y la indiscutible calidad de estrella de primera magnitud en la pantalla y en las variedades, ahora y después, interesará a nuestro gran público, ávido siempre de saber todo lo que saberse pueda de sus artistas predilectas.

—Pues bien; pregunte usted, que yo le prometo contestar sinceramente y sin suplicarle que sea discreto, porque estoy convencida de que en estas *interviús* la discreta debe ser una. ¿Me comprende usted?

—Sí, Conchita; la comprendo y admiro su sinceridad.

—Empiece, pues, la confesión.

—Confesión sin secretos, ¿eh?...

—¡Naturalmente!... Ya le he dicho que soy discreta.

—Pues vamos con la primera pregunta.

—Me la figuro; que cuántos años tengo, que dónde nací...

—Nada de eso — la interrumpimos—. No es cosa de repetir lo que ya ha dicho usted mil veces; que es valenciana, que tiene veintidós años, sin quitarse ninguno, y que es usted guapísima.

—Eso no lo he dicho yo nunca.

—Pero lo digo yo, y lo dicen todos los que la admiran, y son muchos, porque la belleza de usted es una cosa que sorprende.

—Si no para usted, voy a tener que levantar la porra. Detesto el pipopo.

—Pero ¿es posible?

—Sí señor. Yo soy una de las más castigadas víctimas de esa costumbre tan española y tan inconveniente. Desafío a quien me haya visto sola por la calle; y aun yendo acompañada se han atrevido conmigo.

—Pues paro, y continúo el interrogatorio.

—¿Decíamos?...

—Que es usted muy guapa.

—¿Pero, otra vez?

—Ah, sí!... Perdón. Y ahora, dígame usted. ¿Esta casa tan preciosa es suya?

—Lo que hay dentro nada más.

—Que estando usted, no tiene precio.

—Es que si lo tuviera, ya sería mía la casa entera.

—Y toda la calle, seguramente.

—Puede ser, porque no es muy larga.

—¡Aunque fuese la Gran Vía!

—¿Pero, quiere usted cambiar el disco?

—Lo cambio y prosigo. Y a propósito de lo que hablábamos. Algunas artistas como Pastora, la Argentinita y Amalia de Isaura, tienen casa propia.

—No es extraño, y bien se la merecen. Son grandes artistas y llevan trabajando de veinte a treinta años cada una. Yo apenas si hace dos años que me dediqué al cuplet en Espa-



ya, y ya ve usted, no puedo quejarme. Sostengo a mi numerosa familia con decoro, y tengo ya un capitalito muy respetable. ¡Y si viera usted qué satisfacción me produce el pensar que todo esto se lo debo única y exclusivamente a mi trabajo! Y eso que soy una loca, que gasto sin tino; las alhajas, los trapos, me llevan y me traen de cabeza.

—Como a todas.

—Más que a todas; pero hay que esperar, esperar... para conseguirlo todo, poco a poco y dignamente.

—¿Cuánto le pagaron por su actuación en la película de «El negro que tenía el alma blanca»?

—No puedo decirlo. Bástele saber que cobré diez veces más que cualquiera otra artista española de la pantalla.

—Dijeron que cuarenta mil pesetas.

—Permítame que no le diga nada.

—¿Tiene usted algún otro ofrecimiento para el cine?

—He tenido muchos, y tengo varios pendientes de resolución. Benito Perojo me ofreció «La condesa María», y no pude aceptar por tener que cumplir otros contratos de variedades. Ardavin me buscó para hacer «Rosa de Madrid», pero le pareció excesivo el precio que le pedí. Y hace poco vinieron a esta misma casa unos caballeros ingleses con el señor Dicenta para ofrecermela la protagonista de «Juan José»; les pedí demasiado dinero, porque, la verdad, no me hace mucha gracia el papel de Rosa, aunque considero aquel drama como uno de los mejores que en España se han escrito. Como usted verá, me pongo muy tonta al pedir condiciones para trabajos cinematográficos, pero esto es muy lógico; tenga usted en cuenta que actualmente gano de setecientos a mil pesetas diarias como cancionista; esto, y no otra cosa es la causa de que no haya hecho ya varias películas. Mientras se confían grandes obras a las artistas que se conforman con cobrar de diez a quince duros diarios, no podrán hacerse grandes películas en España.

—Tiene usted mucha razón, y huelgan los comentarios. Y a propósito; ¿qué opina usted de nuestras artistas cinematográficas?

—Una vez opiné públicamente, y he jurado no volver a hacerlo.

—Pero...

—Ni pero ni pera, y le suplico que pasemos a otra cosa.

—¿Puede usted decirme algo de lo que la pasó con Pastora Imperio en el teatro Avenida?

—Ya lo he dicho todo en «La Voz», y no tengo que quitar ni añadir ni una sola palabra.

—¿Y qué me dice de lo que opinaron de usted la Argentinita y la Goya?

—¡Hombre!, eso sí que me interesa el decirlo. A ese señor Mayral que escribió aquello en «La Voz» se le escaparon algunas mentiritas que no le he suplicado que las rectifique por no hablar más del asunto; pero ha de saber usted que la Argentinita no opinó nada.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye. Cuando el señor Mayral publicó aquellas cosas, que él mismo se sacó de su cabeza, me telefoneó inmediatamente la Argentinita para decirme que ella ni siquiera había hablado con el señor Mayral, y que estaba dispuesta a desmentirlo con su firma si yo quería. Se lo agradecí muchísimo a la Argentinita, que era la única que podía preocuparme, y ahí lo tiene usted, ella, tan buena amiga mía, y tan señora en todas sus cosas, no había dicho ni una sola palabra de lo que publicó el señor Mayral.

—¿Qué barbaridad!

—Sí, señor; ¡qué barbaridad!, digo yo también. Y en cuanto a lo que de mí dijo la Goya, no me extraña. Estoy segura de que cuando yo tenga cincuenta años, diré lo mismo de las jovencitas que vengan pegando. ¡Esto es muy humano y muy femenino!...

—¿Qué planes tiene usted para el futuro?

—Los mismos que ahora; trabajar en el

MARÍA CORDA

María Corda vió la luz en Viena, en 1903, contando, por lo tanto, en la actualidad, veinticuatro años, estando sus padres adscritos a la alta servidumbre del palacio imperial. Su juventud transcurrió plácida entre las alamedas del parque de Schonbrun, hasta que el descalabro europeo, al residenciar aquella dinastía, trajo también la desgracia a la familia de la hoy famosa actriz, que pasó a partir de este momento por trances económicos muy difíciles.

María Corda, decidida a coadyuvar resueltamente al sostén de la casa, entró de secretaria en un hotel, de donde tuvo que salir para evitar los requerimientos amorosos del viejo propietario, que estaba dispuesto a llevarla al altar. La Corda no había ciertamente nacido para hotelera, y bajo los buenos auspicios de un antiguo amigo de la familia, pasó a desempeñar una plaza de maniquí en casa de un afamado modisto en Berlín, donde conoció a un poderoso Maharadjáh que también, rendido a su belleza, le ofreció compartir con ella su reino. La proposición era tentadora, ciertamente, pero el tener que abandonar a sus padres, viejecitos, de un lado y el miedo a no ser ella sola a poseer el corazón del príncipe hindú, que además, tenía ya alguna edad, la decidieron a rechazar la nueva proposición matrimonial. María Corda llegó a indignarse consigo misma, atendido a que sólo llamaba la atención a personas demasiado «reflexivas» para su edad llena de ilusiones y entusiasmos y para su alma saturada de añoranza de sus primeros flirteos bajo las frondas de las regias posesiones.

Este número ha sido visado por la censura

En esto del amor, creo que no hay cosa más triste que el andar de Herodes a Pilatos.

—¿Me permite usted insistir?...

—Le digo a usted que no me saca ni una palabra más.

—¿Su vida?

—Tranquilísima; vivo como una monja. Cuando no actúo, voy a los teatros sólo las noches en que hay estreno; no siendo así, a las diez y media ya estoy en la cama; leo durante una hora, y a dormir como una bendita.

—¿Pero es posible?

—Impepinable. Una sola noche he ido en Madrid a un cabaret. Me invitaron a Palermo, en Rosales, mis empresarios de «El negro que tenía el alma blanca», y le juro que, salvo lo agradable de su compañía, me aburrí como una ostra.

—¿Su afición favorita?

—Tengo varias. En primer lugar, oír buena música. Luego, comerme muy ricas paellas, si puede ser en Valencia; manejar el automóvil, que no lo tengo de mi propiedad, porque le temo; ya he *descacharrado* dos que no eran míos; y, por último, leer a todas horas.

—¿Sus autores favoritos?

—Blasco Ibáñez, del que ya he agotado sus novelas; Pío Baroja, Pérez de Ayala, García Sánchiz, y todo el teatro de Benavente y los Quintero, que no conocía.

—¿Y de los extranjeros?

—Eça de Queiroz, traducido; Romain Rolland en francés, y Wells en inglés.

—¿Va usted a misa?

—No mucho; pero rezo todas las noches.

—La sinceridad que pone Conchita en estas palabras, llega a la ternura. Hacemos punto aquí, y la maravillosa valenciana nos invita a tomar un riquísimo té moruno que trajo de su última excursión a Melilla. Sin darnos cuenta, se nos pasan dos horas hablando con esta mujer excepcional.

Madrid.

ANTONIO SUÁREZ GUILLÉN

teatro y en la pantalla. Respecto a esto último, voy a decirle que la próxima película mía quiero hacérmela por mi cuenta.

—Eso está bien.

—Figúrese que al pasar por provincias «El negro que tenía el alma blanca», casi todos los empresarios me han ofrecido contrato para que actuase como cupletista después de la película. Y así lo he hecho en varias capitales con un resultado verdaderamente fantástico.

—Pues si lo hace usted así, será un negocio.

—Así lo espero, y a ello estoy dedicando todos mis afanes y todo mi dinero.

—Y ahora... una preguntita más... que será la última.

—¡Ay, Dios mío..., que ya me la estoy figurando!...

—Efectivamente; adivina usted que voy a preguntarle algo referente a sus amores.

—Sí..., es la preguntita inevitable.

—El amor es eterno, señorita.

—Seguramente, pero esa preguntita... se las trae.

—Lo que quiero yo que se las traiga es la respuesta.

—Mire usted; hablando sinceramente, le diré que el amor de una artista, de una mujer, no debe publicarse en ninguna parte. Emplear como *reclame* la exteriorización de nuestros más íntimos y puros sentimientos, me parece de muy mal gusto.

—Pero... ¿No puede usted decirme nada?

—Nada, amigo mío. Una cosa es el arte, el trabajo, el negocio, y otra muy distinta el corazón.

—Pero..., ¿quiere usted a alguien?

—Seguramente. ¿Entre tantos miles de hombres que me quieren, cómo no he de querer yo a alguno? ¡Dejaría de ser mujer!...

—Eso mismo iba a decir yo; luego...

—Sí, hombre, sí. Yo quiero a uno, al de siempre, al que quise cuando quise por primera vez, y al que quiero querer siempre.



Tomás Blanco. — Ciudad Real. — Muchas gracias por su dedicatoria de la foto. El importe de la suscripción puede mandarlo por giro postal o en sellos de correo.

E. N. M. — El importe de los números es de 470 pesetas, y desde luego le serán remitidos en el momento los desee usted. Las fotografías no pueden adquirirse.

Angel Marinón. — Esa artista está en la First National (383 Madison Ave New York). Es soltera. Su deseo de correspondencia lo hemos mandado a nuestra colaboradora Alicia Ferrán para que lo publique en la Sección Femenina.

Alfredo García. — Valencia. — Recibido importe suscripción. Puede mandar lo que guste y veremos de publicarlo.

Valentino III. — Si alguna vez celebramos un concurso de bellezas masculinas, ya le avisaremos, pero tenga en cuenta que si su visita la efectúa en el mes de julio se lo agradecerán muchísimo, porque ¡hace allí tanto calor! ¡Y es usted tan fresco! ¡Conque Valentino III! Vámonos hombre, después de leer su carta, lo único que se nos ocurre es aconsejarle que se dedique a imitar de estrellas, pero adquiriendo antes la certeza de que no va a sucederle nada de particular. ¡Oh, las hortalizas!

Mariano Tur. — Desde luego vamos a contestarle con la seriedad que nos caracteriza, pues nos causaría una grave ofensa, si dudase usted de ella: No y no. Jamás. Y que le conste que al escribir lo antedicho, ni tan siquiera hemos sonreído. A sus órdenes Tur.

S. G. — Murcia. — Es una idea que nosotros creemos acertada, pero le aconsejamos no tome determinación alguna, hasta la completa seguridad de que es cierto lo del socio capitalista.

Juan Florensa. — Ciudad. — Una de las condiciones necesarias para ser artista de cine, y tal vez la más importante, es poseer unos ojos. No unos ojos como el par que todos poseemos y que nos sirven para ver las cosas exteriores, sino antes al contrario, unos ojos que, actuando de dentro afuera, muestren a los demás lo que pasa dentro de nosotros. Unos ojos expresivos son el mayor tesoro del artista de cine. Tenga en cuenta que en la pantalla sustituyen al poderoso medio de expresión propio del hombre, la palabra.

En términos generales y a no tratarse de artistas de excepcional temperamento que suplan imperfecciones físicas con dotes de un arte insuperable, para ser artista de cine es preciso poseer una figura atractiva, unos ojos expresivos y un rostro móvil, fiel reflejo de todas las emociones.

M. Fele Gil. — Canarias. — El simpático Ramón Novarro está actualmente en París, de riguroso incógnito, hospedándose en un hotel cuyo nombre se desconoce, para evitar la visita de sus múltiples admiradores. Ignoramos más datos sobre su dirección. En efecto, es probable que Ramón Novarro vaya a Niza para visitar a Rex Ingram, su director en la película «El Arábig», y al mismo tiempo a Alice Terry, su «pariente» en varios films.

E. C. — Madrid. — Efectivamente. Después de rodada la primera parte, ha quedado disuelta la sociedad.

La nueva película de Norma Talmadge

Norma Talmadge será oficialmente miembro de los Artistas Asociados con la distribución de su nueva película «Su mejor caballero». En su debut con los Artistas Asociados, interpreta el rol de Dolores Romero, tercera protagonista de David Belasco que lleva a la pantalla, siendo un carácter de diferentes modalidades. «Su mejor caballero» ha sido dirigido por Roland West, quien es muy conocido por sus originales ideas en la dirección. Mister West opina que los primeros términos pueden ser legítimamente utilizados en la cinematografía, lo mismo que los doctores usan los rayos X. Un médico debe ver claramente el sujeto sobre el que está interesado; asimismo el público debe ver con toda evidencia el carácter que se le está mostrando.

Según Roland West, en las películas los primeros términos pueden usarse psicológicamente, pues es altamente inartístico el emplearlos simplemente para explotar los momentos en que la estrella aparece más bonita, siendo, en fin, más elevado el mostrar los

sentimientos del artista en toda circunstancia dramática.

Roland West, declara: «No tengo ninguna disputa con los críticos que censuran la promiscuidad del empleo de los primeros términos con la acción de la cámara, pero insisto en que es imposible narrar una historia en la pantalla sin fotografías detalladas de los principales personajes. Desde el momento en que no podemos fotografiar el pensamiento, debemos fotografiar su expresión, y el único medio con que podemos hacerlo es poniendo la faz de los protagonistas cerca de la cámara. Los primeros términos son los que dan a conocer al público el verdadero significado de la narración; las demás fotografías son simplemente incidentales.

Sin embargo, «los primeros términos» son como los «ángulos», que solamente deben emplearse cuando tienen un significado en el desarrollo del argumento, pues llenar una película con «primeros términos» y «ángulos», no sólo es de mal gusto, sino también necio. Sólo deben utilizarse para hacer resaltar los efectos dramáticos».

Ronald West ha seguido en la dirección de «Su mejor caballero» las teorías que sustenta. Esta producción es la vívida historia de un hombre y una mujer de temperamento latino, con el brillante y mitológico país de Greenshore por escenario, país que es una conglomeración de todos los países aventureros del mundo. Muchas de las escenas tienen lugar en una casa de juego, donde miss Talmadge, en su rol de Dolores Romero, es conocida como «Azucena», cantadora de canciones. Noah Beery interpreta el rol de Arcadio Peterson, «el mejor caballero de Greenshore». Otros notables intérpretes son Olga Baklanova, Gilbert Roland, Fritz Feld y Eddie Garden.

William Cameron Manzi, director artístico de Joseph M. Schenck, ha dibujado los escenarios con la arquitectura de quince naciones diferentes y en distintos períodos de la historia.

ERUPCIONES DE LOS NIÑOS
DESAPARECEN RÁPIDAMENTE CON EL
DEPURATIVO INFANTIL Y PASTA POROSA
CABALLERO
SARNA (ROÑA)
CÚRASE EN 10 MINUTOS CON
Sulfureto CABALLERO
 Venta en Centros Específicos, Farmacias y dirigiéndose a
J. Caballero Roig - Aparado 710 - Barcelona

FOLLETÓN LITERARIO

Goya entre nosotros

A Eugenio D'Ors: por la modernidad y mundanidad de su goyismo teórico.

¡Cosas que suceden y que no están, ni lo mal que los descontentadizos suponen, ni lo excesivamente bien como para abrir el pecho a la satisfacción, sino admisibles a secas! Por rara y fortuita unanimidad el nombre del insuperado y portentoso Goya, llenó por unos días toda la actualidad, a propósito de cumplirse el primer centenario del acabamiento de su vida; pero, pasada la conmemoración, la indiferencia de la gente por cuanto no afecta a su interés particular, reaparece, para seguir ayudando al tiempo en su penosa y larga prueba de selección definitiva a que somete — en cumplimiento de su misión de juzgador recto, ecuánime y extrahumano — a los tenidos por genios, para aceptarlos como tales o rechazarlos, y de la que tan pocos salen triunfantes. Y para Goya, esa acumulación de veladas, discursos, conferencias y artículos que constituyen los puntos de exhibicionismo de los promotores y celebradores de homenajes — sean a personas de veras ilustres, a fantoches o a fantasmas — no significa nada, porque situado, por su obra entera de talento máximo de la pintura, en las avanzadas del gran grupo — grande por la calidad única de sus componentes y no por el número reducidísimo de éstos — de los nimbados de gloria, ingastable e inagotable, es tonto simular una reafirmación de su prestigio y popularidad, cuando el

transcurso de los años se los conserva indemnes.

Y de seguro que si pedimos a don Francisco su parecer sobre la cuestión, nos ganamos su voto; y sin valernos de malas artes, por la propia razón, que si no muy necesaria en este mundo — quizá por lo difícil y aun imposible que es saber donde prefiere asentarse: si en el fuerte o en el débil, si en el pobre o en el rico, si en el inteligente o en el torpe, si en la virtud o en el vicio, etc... — es imprescindible para entenderse las con los que nos abandonaron por completo y que únicamente se dejan ver en casos de excepción y por familiares y amigos, y con los que nos abandonaron a medias, como Goya, que se encuentran siempre — para quienes aciertan a mirar con el espíritu — junto a su trabajo perdurable, prontos a atender las llamadas sinceramente admirativas.

Si Goya se halla entre nosotros. Se le siente, se le distingue a la perfección en el Museo del Prado, en la Real Academia de San Fernando y en la de la Historia, en San Antonio de la Florida, en el Ministerio de Marina, en el Banco de España, en cuantos lugares, en fin, se honran con poseer codiciadas muestras de su labor inmensa, en medio de sus cuadros, sereno y sonriente. Y no nos extrañemos de su actitud conciliadora, tan desconforme con su agria manera de ser carnal, terrena, pues ello equivaldría a considerar a la otra existencia perpetua que, indudablemente, nos aguarda a la terminación de esta, como

una prolongación de la misma, y eso no es.

—¿Verdad que no es? — interrogo a la imagen de Goya, representada por su autorretrato de la Academia de San Fernando.

Pero no obtengo respuesta.

—¡Bah! — recapacito —, se conoce que por su sordera no me oyó, aumentaré la voz, le hablaré a gritos o por señas, según convenga.

E iba ya a ponerlo a práctica, cuando alguien me toca en el hombro derecho. Me vuelvo, con una persuasiva propina en la diestra para callar la advertencia del celador de que no alborote, y mi asombro es sin límites — a pesar de que lo presentía y lo esperaba — al toparme con una desconcertante figura: tronco, brazos y piernas apenas si se notan, sólo resalta la cabeza, en cuya cara, mezcla despistadora de las facciones de Goya en su desarrollo: de la infancia a la ancianidad, se percibe, en especial en los ojos, un sosiego y una felicidad sobrenaturales.

Repuesto del estupor, la tranquilidad entra de nuevo en mí. Y captada mi confianza por el gesto de comprensiva superioridad de la sombra de Goya, desecho temores e inicio, con forzada normalidad, el coloquio buscado:

—Yo creía que el espíritu de los que se aproximaron al Creador reencarnaba de distinto modo... Me imaginaba todo, menos que fuese en una cabeza. Digan lo que quieran los científicos, ni hay ni puede haber sentimiento sin pensamiento, ni pensamiento sin sentimiento, y como el sentir es una derivación del pensar — para lo cual no es necesario el estudio por ser una función innata del hombre, que no falta ni en los de menos mentalidad, que

(Continuará)

Rumor de besos

Shimmy

Maestro José M.^a Terriz

PIANO

1ª solo de Suan
1ª pp 2ª ff y 3ª

2ª vez pp

2ª vez *accelerando*

VIVO. FIN.

Todo buen aficionado al arte mudo debe leer

“POPULAR FILM”

La revista cinematográfica más completa de España

Popular Film

LA
LEY
SECA
EN
NORTEAMERICA



¡VA-
YA
COGNAC!



Usar la Crema Celi
es ser doblemente hermosa

Esteban y Nolla, S. L.^{da}
Apartado de Correos 273 Barcelona

Pidan los productos de **Perfumería Celi** en los buenos establecimientos

Los resultados de la prohibición de bebidas alcohólicas en Norteamérica, ha producido una doble curiosidad por conocer los efectos que produce la mezcla del alcohol, la menta, el biter y los vinos añejos. Esta joven, que no es otra que la saladísimas actriz de la First National, Sally O'Neill, parece haber probado alguna de esas bebidas. Y los resultados no pueden ser más satisfactorios, sobre todo para las casas exportadoras de vinos y coñacs.

Indudablemente, las bebidas alcohólicas perjudican la salud, pero el daño mayor no está propiamente en la salud, sino en la pérdida de la razón. Los americanos, al prohibir ese vicio, han tenido en cuenta que, sobre todo en la mujer, la pérdida de sus facultades mentales, acarrea consecuencias funestas. El mareo producido por el vino es causa de lamentables desgracias entre algunas lindas mujercitas, que al perder la noción de sus actos, pierden muchas veces algo más importante. Pero, ¿no se hace muchas veces por olvidar un dolor? Aun así, es lamentable el abuso, porque el dolor o la desgracia no se combaten nunca con el completo olvido, momentáneo, de aquello que nos embarga o nos preocupa. Las bebidas alcohólicas, por tanto, está demostrado que sólo sirven para acrecentar la desgracia. Junto al dolor que sentimos por una desgracia sufrida, se une después el dolor de una borrachera, y tras de no haber conseguido nada, se puede caer insensatamente en la más deshonrosa degeneración.

Nuestra colaboración

Con el interesante artículo, con que nos ha honrado el querido y admirado camarada de "Heraldo de Madrid", Rafael Solís, que va en las páginas centrales de este número, inauguramos la colaboración de elementos valiosísimos que, por amistad a nosotros, pero también por deferencia a "Popular Film", del que hacen calurosos elogios, como la revista cinematográfica más autorizada y mejor confeccionada, seguirán brillando en nuestras páginas con alguna frecuencia.

Al comunicar a nuestros lectores esta importante mejora, que acrecentará el favor grande que nos vienen dispensando, a ellos brindamos estas ventajas en obsequio de quienes todo nos parecerá poco, como justa correspondencia a su generosidad.

Popular Film

LOS JUEGOS DEL AMOR

Era en los días risueños de 1912 y en uno de los imperios más grandes y poderosos que conociera la historia de Europa. Baurina, su capital, podía en justicia considerarse como la ciudad más hermosa del viejo mundo, como la más rica en monumentos suntuosos y al mismo tiempo, la más divertida y espiritual.

Sus mujeres llevaban fama de hermosas y agradables; sus teatros de ser los más elegantes y su corte la más fastuosa. Aquí, a este sitio encantador, a esta especie de paraíso terrenal, es a donde queremos conducirte caro lector. Comenzaremos por presentarte a un señor viejo y sin más cualidad que la de estrada seriedad, de mal genio, bigote cano y entrecejo siempre fruncido. Era el ayudante de campo del Emperador. Con esto está más que explicada su seriedad. Era algo inherente al cargo.

En el momento de presentártelo, lo encontramos en el palacio del Archiduque Pablo Fernando y hablando con el ayudante de éste, un capitán de húsares, apuesto y simpático, el conde Ernesto de Honstein.

—¿Dónde está Su Alteza Imperial?— decía el viejo

Riñones: Regularizan sus funciones Sales Litfónicas Dalmau

general con visible mal humor y el entrecejo más fruncido que nunca—. ¡Es una verdadera vergüenza! ¡En el almuerzo de Palacio su ausencia no ha pasado desapercibida y se ha comentado de manera harto desfavorable para él!...

—Señor— le repuso inclinándose—. No sé donde puede estar Su Alteza.

—A ciencia cierta puede que no, pero si se lo propone, tengo la seguridad de que lo encontrará usted, joven... y es preciso que lo encuentre. Vaya a buscarlo; aquí le espero.

El Archiduque Pablo Fernando era un hombre amable y simpático para quien la vida no tenía más que un solo lado: el lado amable y desde luego, lo más amable posible. De esto se encargaba él mismo, procurando alejarse de las preocupaciones del Protocolo y de todo cuanto implicara seriedad, trabajo, recepciones y demás incomodidades a que por su alto rango debía por fuerza hallarse sujeto.

Había establecido sus oficinas en los amplios salones del teatro de la Ópera y había hecho un punto de honor, instruir al cuerpo de bailarinas, en cuya compañía veía desfilar las horas más amenas. El vasto salón de ensayos, era para él más familiar que los de su propio palacio y allí se pasaba las tardes enteras, sentado sobre elevado sitial, a guisa de trono, desde donde dictaba a Luigi Sarotti, el profesor de baile, cuyo cuerpo inquieto parecía albergar el espíritu de una cupletista, las órdenes necesarias para el mejor éxito de las danzas.

Como reina y señora de aquel enjambre de mariposas, vemos a la deliciosa señorita Aurelia Spalanzoni, la primera bailarina, sostenida en tan alto puesto más que por la excelencia de su arte por el favor del Archiduque.

Frisaba Pablo Fernando en los cuarenta y cinco años, pero al ver su sonrisa, su semblante siempre alegre, sus ademanes vivos y desenvueltos, y la frescura de su tez, amén de muchas otras frescuras que no creemos del caso detallar, hubiérase dicho que era un muchacho.

Lo único que denotaba un poco su edad era su línea, que comenzaba a rayar en los límites de la plenitud, sin llegar a la obesidad. Pero en cambio, su espíritu y su corazón, sobre todo este último, donde cabían varios amores a la vez, podía decirse que se hallaban en los albores de la juventud; en la época de colegial. Entre las diversas «compañías», como denominaba el Archiduque a las cuadrillas de bailarinas, entre las de la última «quinta» como diremos, usando también una expresión del mismo, encontramos una deliciosa criatura, un dechado de simpatía, llamada Josefina Sonleithner, que como ella decía, era «el último mono» del escuadrón de danzarinas. En realidad, distaba mucho de ser una Isidora Duncan, o una Pablowna, pero, en compensación, era toda ella un poema vital de alegría y juventud.

En el punto y hora en que la conocemos, mientras las antiguas bailarinas estaban en el gran salón de ensayos preparando una danza nueva para la ópera que se iba a estrenar, Josefina y las cuatro o cinco compañeras que últimamente habían ingresado en el teatro imperial para reforzar su famoso cuerpo de bailes, se hallaban en el camerino general, poniéndose el traje para ser iniciadas después del gran ensayo en los misterios del arte de Terpsícore.

—Fíjate, fíjate— dijo una de ellas que había estado mirando por el agujero de la cerradura—, ahora dirige el Archiduque en persona.

Precipitáronse todas a mirar por el orificio y Josefina se quedó la última.

—Dejémele ver a mí también, que todavía no le conozco— dijo Josefina pidiendo un sitio a sus compañeras.

El ensayo tocaba a su fin, y el Archiduque, deseoso de conocer a las neófitas, ordenó al profesor:

—A ver, maestro; manda salir a las de la «última quinta» que tengo deseos de ver sus progresos.

Salieron las muchachas, e hicieron ante el Archiduque una profunda reverencia. En aquel mismo instante, se presentó el portero y habló al oído de Sarotti:

—Señor— dijo el profesor dirigiéndose al Archiduque—, afuera hay un oficial que desea verle al instante. Parece ser que se trata de algo muy urgente.

—Pongo el mando de estas criaturas en tus manos, querido profesor— dijo el Archiduque levantándose.

En el vestíbulo se encontró con el conde Ernesto de Honstein, que un poco azorado todavía, le explicó cuanto acababa de decirle el ayudante del Emperador.

Con la partida del Archiduque quedó interrumpido el ensayo, y las bailarinas, reunidas en corrillos en el gran salón, sostenían animada conversación, salpicada de risas y bromas, esperando la orden de comenzar nuevamente.

Estando en esta actitud, Josefina pisó un cuerpo duro; miró al suelo y al ver que era una sortija, se la colocó en el dedo.

—¡Es la sortija de la Spalanzoni!— dijo con tono de misterio una de sus compañeras, mirando la joya con el mismo asombro y respeto que si fuera un talismán sagrado.

—¿Y qué tiene de particular esta sortija?— preguntó Josefina un tanto extrañada por aquella actitud de sus amigas.

—Dicen que el archiduque regala esa sortija a la mujer que ha elegido...—terció otra—. ¡No tendremos nosotras esa suerte!...

La Spalanzoni notó en aquel instante que había perdido su glorioso distintivo y con gesto autoritario, impuso silencio, diciendo:

—Señoritas, acabo de perder una sortija. La he perdido aquí dentro, de modo que alguien de ustedes la debe tener. ¡Ruego a quien se la haya encontrado que me la devuelva inmediatamente, si no quiere que le cueste un serio disgusto!

Josefina hacía esfuerzos desesperados para sacársela, pero, ¡já!, no podía de ninguna manera. En vista de lo, presentó su mano a la primera bailarina.

—Perdóneme, señora— le dijo—. Me la he metido sin saber de quién era, y no puedo...

—¡Impertinente!— gritó con voz chillona la primera bailarina—. Si no recordase que soy una dama, te daría un par de buenas bofetadas! ¡Antes de cinco minutos necesito que la sortija esté en mi poder!...

El conde de Honstein, una vez hubo avisado al archiduque se fué al palacio de éste para ver al general.

—Es inútil que espere a Su Alteza, señor. Ha marchado directamente a Palacio.

—¿Dónde lo han encontrado usted?— inquirió el viejo con su hosco gesto.

—Estaba pasando revista al cuerpo... al cuerpo...—

—No siga usted, joven. ¡Al cuerpo de baile de la Ópera!... ¡Me lo había figurado!

En aquel momento apareció en el salón el Barón de Bucklingen, Chambelán de la corte que venía también en busca del Archiduque, y los dos ancianos salieron comentando lo ocurrido.

—Los encantos de las bailarinas de la Ópera hacen olvidar con frecuencia a Su Alteza sus deberes militares... No estaría de más que usted hiciera saber la verdad de lo que sucede a su tía o cualquier otra persona de la familia imperial!...

—El asunto es muy delicado, amigo mío!...—repuso el Chambelán excusándose—. Si usted quisiera podría hacerlo lo mismo que yo...

—Yo no soy diplomático como usted, querido Barón. Yo creo que si usted lo iniciara discretamente...

Salieron los dos viejos tramando su plan y Ernesto se volvió hacia unos compañeros, oficiales también, que en un rincón de la suntuosa estancia parecían reír de muy buena gana. Uno de ellos tenía en la mano un pañuelo de mujer.

—¿Un pañuelo femenino?— dijo el joven con curiosidad—. ¡Contadme, contadme la aventura!...

—Eres un ingenuo, Ernesto! No se trata de ninguna aventura; es sencillamente un truco muy original para entablar conversación con las muchachas que pasan por la calle...

Tiró uno de ellos el pañuelo al suelo, lo recogió y se lo enseñó a otro, que se prestó voluntario a representar el papel de señorita en aquella pantomima.

No hay para qué decir que Ernesto tomó muy buena nota de todo aquello y prometió ensayarlo tan pronto se le presentara la ocasión. Esta se le ofreció algunos días después. Veamos cómo. Paseaba Ernesto por una de las calles más céntricas de la capital, por cerca de la Ópera, cuando se encontró con sus dos amigos que a la sazón iban en un coche descubiertos. Ernesto, vestido de paisano, se acercó a saludarlos, y mientras hablaban pasó por delante de ellos una linda criatura. Josefina Sonleithner, el «último mono» del cuerpo de baile.

—¡Esa muchacha me gusta!...— dijo Ernesto con entusiasmo—. Dejádme el pañuelo y esperadme aquí un momento. Voy a demostraros que soy un buen discípulo.

Entregáronle la prenda pedida, y Ernesto salió en pos de la corista, a la que no tardó en abordar.

—Perdón, señorita. ¿Es de usted este pañuelo?

Josefina miró al joven, que por cierto le hizo una

Linfatismo: Se previene con las Sales Litfónicas Dalmau

excelentísima impresión, y acto seguido abrió su monedero para comprobar si en efecto había perdido aquella prenda. Sonrió a su interlocutor, y con la desenvoltura en ella característica, le mostró su diminuto pañuelo de batista, diciéndole malicioso:

—Creo, joven, que puede seguir buscando a la propietaria!...

No se desconcertó el conde por aquellas palabras, que si nada tenían de particular, teníanlo empero el retintín con que le habían sido dichas, y repuso:

—No sea mala conmigo, señorita. Si tuviera usted de amable lo que tiene de bonita, sería la mujer más ideal del mundo. ¿Quiere ser nada más que tanto así de condescendiente y me creeré que es la que ha de

hacerme feliz?— indicó él señalando la punta de su índice.

La dulce mirada de Ernesto, el tono de súplica que ponía en sus palabras, hicieron que Josefina se compadeciera de él.

—No ha venido usted a mí por caminos muy rectos, señor mío; pero no obstante, si me promete ser formal, le permito que me acompañe hasta mi casa.

Los compañeros de Ernesto, cansados de esperar, dieron orden al cochero para que reanudara la marcha.

—¡Ese no vuelve ya!— dijo uno de ellos consultando su reloj—. El discípulo ha salido más aventajado que sus maestros!...

Y tenía razón. Ernesto, en aquellos instantes, estaba atareadísimo, y maldito si se acordaba de que sus amigos esperaban a que les devolviera el dichoso pañuelo. Llevaba ya un buen rato ante el domicilio de la bailarina y no encontraba manera de abandonar la puerta de su casa. Dijérase que los ojos de la muchacha tenían la fuerza de un par de cadenas para

Refrescante: Bebida agradable con las Sales Litfónicas Dalmau

retenerlo. Pero ésta también llegó a consultar su relojito.

—Me marchó— dijo por fin el conde—; pero antes quiero que me conteste a una pregunta: ¿Verdad que no me cree usted un Tenorio de profesión?

—Estoy convencida de que es usted un infeliz!... ¡Un bendito de Dios!— repuso ella mostrando su doble hilera de dientes, niveos e iguales.

—La podré ver mañana a la misma hora?

—A la misma hora... y en el mismo sitio— concluyó ella tendiéndole la mano.

Amaneció el siguiente día, y la madre de Josefina salió a cumplir sus quehaceres domésticos, no sin antes llamar a su hija y dejarle preparado el desayuno. Dos horas después regresó la buena mujer de sus compras y todavía encontró el desayuno sin tocar y la joven en el más tranquilo de los sueños. Al ver que era la hora del ensayo, Josefina vistióse deprisa y corriendo, sin tocar para nada el almuerzo, salió a la calle, teniendo la mala fortuna de que se le escapara el tranvía. Sarotti, el profesor de baile, se daba a los demonios.

—¡Oh, pero esa Josefina... esa Josefina!— decía el buen hombre! Tarde otra vez... ¡esa muchacha se ha propuesto sacarme de mis casillas!... ¿Cómo voy a comenzar el ensayo sin tener el cuadro completo?

Y Josefina, entretanto, temblando de ansiedad, se pasea de un extremo a otro de la acera, en la parada del tranvía, esperando en vano que pasara otro. En aquel momento acertó a pasar par delante de ella el Archiduque, y un guardia de los de la «porra» tuvo el buen acierto de hacerlo detener para dar paso a los coches que venían en sentido opuesto. En estos breves momentos se apercibió el Archiduque de la ansiedad de la muchacha que paseaba nerviosa por cerca de su coche, y siempre galante, la invitó a subir.

—Veo que lleva usted mucha prisa, señorita... ¿Puede serle útil? Mi caballo es un gran corredor...

Josefina no se hizo repetir dos veces la invitación.

—Usted dirá adónde— manifestó el Archiduque.

—Si Vuestra Alteza es tan amable... Hasta la Ópera... entrada de artistas!...

Partió veloz el coche, pero no tanto como para llegar antes que la Spalanzoni.

—¿Cómo se entiende!— decía ésta furiosa—. ¿Va a tolerarse que esa mocosa venga más tarde que yo?

Pero la suerte que aquella mañana había comenzado por favorecer a la linda Josefina, quiso por lo visto seguiría amparando. El portero del escenario se fijó en que la joven descendía del coche del Archiduque, y le faltó tiempo para ir corriendo a dar tan sensacional noticia a uno de los tramoyas, que a su vez la transmitió con la celeridad del telegrafo a un electricista; éste a un carpintero, el otro a un acomodador, y a los cinco minutos, ya era la comidilla del teatro entero.

Uno a otro se repetían:

—Esa bailarina nueva, la Sonleithner... ¿sabe usted?... en el coche del Archiduque... Pero no lo diga usted a nadie... ¡Esas cosas son muy delicadas!... ¡Sobre todo discreción!...

No obstante, antes de que pasaran estos cinco minutos, se cambió Josefina de traje y penetró en el salón de ensayos, donde Luigi la esperaba con las ganas que es de suponer.

—¡Esto es el colmo, señorita... el colmo! ¿Dónde se ha visto que una aprendiz se atreva a venir más tarde que la primera bailarina?— gritaba con su voz allautada—. ¡Queda usted despedida desde este instante! Vaya a cambiarse de traje y pase por la administración donde le abonarán los honorarios correspondientes! ¡No faltaría otra cosa!...

Despojóse Josefina de sus ropas de artista, de aquellas ropas tenues y vaporosas que tantos ensueños de gloria le habían hecho concebir. Al quitarse cada una de aquellas prendas, le parecía que sacaba tirones de su piel. Sus lindos ojos vertieron lágrimas en abundancia. Al salir se encontró con el enfurecido profesor, cuya perilla parecía más enhiesta que nunca, y él mismo la condujo a las oficinas, de cuyas listas borraron su nombre.

Al concluir de salir la pobre muchacha, penetró en el despacho el señor Hober, jefe de la orquesta, portador de la sensacional noticia, y Sarotti estuvo a punto de caer desmayado del susto.

—¡Cáspita, buena la hemos hecho!...— gritó tem-

bloroso—. ¡La favorita del Archiduque nada menos!... ¡Hay que llamarla en seguida!

Tomó de la mano al director de orquesta y salió corriendo en busca de Josefina a quien encontraron ya en la calle.

—¡Qué disgusto tan grande, señorita Sonleithner... qué confusión tan lamentable!... — dijo el profesor poco menos que arrojándose ante ella—. ¡Yo le ruego que no me guarde rencor por el mal rato que acabo de darle... que me perdone de todo cozarón!...

Así diciendo, la tomó de la mano y la condujo otra vez a las oficinas, donde el secretario ya había vuelto a inscribir el nombre de la bailarina en el libro, y esta vez a las oficinas, donde el secretario ya había vuelto a primerísima estrella. Y fué el mismo Sarotti quien con su voz meliflua de hombre cupletista volvió a tomar allí la palabra y a deshacerse en excusas.

—Le debemos a usted una compensación... ¿Quiere aceptar el primer papel en «ballet» de «Silvia»? ¡Con su admirable talento, con su gracia tan personal!... ¡Oh, mademoiselle, va a tener usted un éxito loco, gigantesco, incommensurable!...

—¿Y la Spalanzoni? — se atrevió a objetar con timidez.

—¡Bah... la Spalanzoni! ¿Quién se acuerda de ella en estos momentos? — repuso el secretario con calor—. Es usted la bailarina que la Ópera necesita... Juventud, arte, gracia, sultana... Estas son las cualidades que se requieren para triunfar, y estas cualidades sólo las encierra usted, carísima!

A fuerza de torturar su imaginación para dar con el misterio de aquella rápida elevación, Josefina cayó en la cuenta de que todo aquello lo debía a su llegada en el coche del Archiduque. El juego, la explotación del «quid proquo» era peligrosa, y era de presumir que

Obesidad: Se cura con las Sales Litfónicas Dalmau

cuando la Spalanzoni se enterara de su caída pondría el grito en el cielo, pero de momento, no tenía más remedio que continuar dejándose mirar. ¿En qué pararía todo aquello? Ella misma lo ignoraba, y no quería tampoco pensar en ello.

A la misma hora, el conde Ernesto de Honstein se presentaba en la «Lista de Correos» de la capital, y preguntaba al encargado de la misma:

—¿Quiere hacer el favor de mirar si hay alguna carta para Carlos Wiener?

Entregáronle, en efecto, un billeteo perfumado, que el conde rasgó presuroso. He aquí el contenido:

«Querido Carlos: Te espero, como de costumbre, en el Prater, a las cuatro. Mil besos de tu

Josefina.»

Aquella tarde, al concluir de comer, se presentó en el domicilio de Josefina un señor la mar de atento, haciéndole mil zalemas y reverencias.

—Soy el proveedor de todas las grandes «estrellas» de la Ópera — le dijo —, y si usted no tiene inconveniente, haré pasar a las jóvenes que me siguen, trayendo las últimas novedades recibidas de París...

Aparecieron al momento cuatro lindas «midnetts» cargadas con sendas cajas, y de su interior comenzaron a salir sombreros, vestidos, pieles... ¡Como para trastornar la cabeza más equibridada! Josefina miraba asombrada toda aquella riqueza indumentaria que parecía confeccionada por manos de hadas, y apenas si se atrevía a poner sus manos pecadoras sobre las ricas telas. Ante las repetidas instancias del modisto, se quedó una sombrilla de seda y encajes que era una verdadera maravilla de buen gusto y elegancia. Hubiérase dicho confeccionadas con nieve y espumas. Eligió dos lindos sombreritos, entre los muchos que tentadores se ofrecían a sus ojos, y un precioso abrigo guarnecido de rica piel, formando una deliciosa combinación de encajes de Malinas y tisú de oro. La prenda era en realidad digna de una reina.

Tocada con aquel atavío, tan rico como costoso, Josefina se creyó otra mujer. Al contemplarse en el espejo vino a su mente la terrible realidad: estaba hermosa; más aún, radiante; pero, ¿y la factura? ¿Cuánto podía valer todo aquello?

—¡Por Dios, señorita... la factura! ¡No me haga usted reír!... Nosotros no nos preocupamos nunca del cobro. Ya pagará usted cuando pueda, y si no puede pagar nunca, lo sentiremos por usted. Con el honor de vestirla nos consideramos sobradamente pagados.

¡Decididamente, Josefina se creyó caminando por un país de ensueño! El «quid proquo» se iba complicando, ¡pero de qué manera!... Cuando pretendía entregarse a reflexionar sobre su nueva situación y la manera de salir de ella del mejor modo posible, llegaron tres de sus compañeras.

—¡Vaya una suerte la tuya, Josefina!... Venimos a felicitarte. Mira que subir de la nada al primer puesto de un solo salto. ¡Es como para verlo y no creerlo!...

—No me sorprende este salto mortal, amigas mías — repuso ella con cierto tono de petulancia—. Yo siempre creí que mi talento me haría llegar muy lejos, y ya lo veis... ¡No hay nada como la confianza en sí misma!

—Sí, sí; pero, ¿y la sortija? — añadió maliciosa una de ellas—. ¿Dónde tienes la sortija?

—¿Qué sortija?

—¡Vamos, mujer, no te hagas la desentendida! Todo el mundo sabe que el Archiduque y tú...

—¡Yo no tengo nada que ver con el Archiduque ni con nadie! — gritó ella furiosa —, y no tolero que nadie venga a insultarme en mi propia casa. ¡Largo de aquí intrigantes, embusteras!...

—Mira la mosquita muerta, la de la fe en sí misma!... ¡Ay, qué gracia!

—¡Orgullosa!... ¡Ya caerás tú algún día, y entonces seremos nosotros las que reiremos!...

—¡Dios mío! ¿Qué pensaré Carlos de mí si llega a enterarse de todas estas habladurías? — murmuró la muchacha luego que sus compañeras se hubieron marchado, dejándose caer de bruce sobre un diván, donde dió rienda suelta a su llanto.

Una hora después volvemos a encontrar a la deliciosa criatura paseando por el Prater en compañía de Ernesto, que para ella era su adorado Carlos, modesto empleado de una casa de comercio. Por cierto que es-

tando en el paseo, el simpático conde se vió en un serio aprieto. El celador de los jardines, antiguo soldado a sus órdenes, pasó dos o tres veces ante él y lo saludó repetidamente.

—Parece que te conoce — le dijo extrañada Josefina—. ¡Y te hace el saludo militar!...

—Sin duda me debe confundir con alguien que se parece a mí — repuso el conde volviendo la espalda al guardia—. No es la primera vez que me suceden éstas cosas...

Aquel día era día de revista general, y Ernesto, bien a pesar suyo se vió obligado a dejar a su adorada mucho antes de lo que hubiese querido.

—Hoy tengo que ir... Tengo que ir... Pero no, prefiero no decirte ahora. Ya lo verás tú misma cuando llegue la hora. Es un negocio importante, ¿sabes? Una sorpresa... — concluyó despidiéndose.

Como a unos doscientos metros del gran teatro encontró el coche del Archiduque, y la maldita tentación, el demonio de la presunción le tentó a subir en él.

—Oiga, cochero, ¿puede usted hacer una carrera corta? — le preguntó al auriga con una sonrisa capaz de conmovir a un guardacantón.

—Lo siento, señorita, pero mi señor va a llegar de un momento a otro. Si no fuera por esto, ¡ya lo creo! — repuso el hombre, sonriendo con picardía—. ¡No una carrera corta... una universitaria haría yo por usted, preciosa!

—¡Vamos, hombre!, sea usted bueno — prosiguió ella al verlo en tan buena disposición—. Sólo ahí enfrente, a la entrada de los artistas...

—¡Pero, señorita, si llegará usted más pronto que yo yendo a pie!...

Josefina pudo al fin convencer al buen hombre, y segundos después descendía ante la entrada de los artistas, con el empaque de una reina. Dió al cochero una moneda de plata, y éste, agradecido por tan espléndida propina, se quitó respetuosamente la gorra, alejándose al trote largo. El portero del teatro no dejó perder un solo detalle y naturalmente, la noticia corrió como había corrido días antes.

En el momento de descender Josefina del coche, descendió la Spalanzoni de un auto de alquiler. La empujorotada danzarina, no se fijó en la muchacha, pero ésta en cambio, se fijó detenidamente en ella, y al ver que la primera dama llevaba un espléndido ramo de flores y ella no ostentaba más que tres rosas, regalo de su modesto adorador, se fué a una florista cercana y se mandó arreglar un ramo que daba quince y raya al de la Spalanzoni. ¡Buena era ella para dejarse achicar por nadie!...

Cuando la famosa primera bailarina penetró en el salón observó que sus subordinadas la miraban de forma bastante despectiva. Risas mal contenidas, cuchicheos peor disimulados...

—Todas cuchichean, todas se rien... parece como si se burlasen de mí... ¿Qué significa esto, señor Sarotti? — dijo ella de pésimo talante.

—Significa, señora mía, que la señorita Sonleithner bailará el primer papel en el «ballet» de «Silvia» — repuso el profesor inclinándose.

—¿Cómo!... que la... que esa... que... — Nada se puede objetar, señora... ¡Es orden de su Alteza!

¡Buena!, lo mismo fué oír la Spalanzoni aquellas palabras, que comenzar a dar saltos y chillidos, cual si estuviera bailando la danza del «Fauno». Más que mujer parecía una furia. Por su boca salían palabrotas que jamás hubiese sido posible sospechar comprendieran el léxico expresivo de una dama.

Tras los alaridos verbóreos de la primera actriz, vinieron los ataques de nervios y demás cosas inherentes a estos trastornos. Quiso la mala suerte que en aquel momento llegara el Chambelán de la corte, que como era natural se enteró de lo que pasaba y aquella noche el suceso fué comentadísimo.

Al día siguiente, a eso del mediodía, se presentó en el palacio archiducal el secretario de la Ópera con el **cartel de la función de la noche.**

—¿Quién es esa señorita Corelli que actuará de primera bailarina? No la conozco...

Es el seudónimo que ha elegido la señorita Sonleithner... Vuestra Alteza, como siempre, ha descubierto un verdadero talento.

—Su Excelencia el Gran Chambelán! — anunció un criado del Archiduque en voz alta.

Penetró el Gran Chambelán en la estancia y después de hacer el saludo que mandaba la etiqueta, habló de esta manera:

—Siento mucho tener que decir a Su Alteza que el favor que ha otorgado a esa bailarina ha sido visto con muy malos ojos en la corte y que sus genialidades van tocando los límites del escándalo.

—Pero de qué me habla usted, señor mío? No comprendo una palabra de cuanto me está diciendo — repuso el Archiduque en el colmo de la extrañeza.

Volvió otra vez a aparecer el criado referido:

—El señor profesor de baile de la Ópera!

—¿Quizá ese caballero podrá dar a Vuestra Alteza las explicaciones necesarias — dijo con gravedad el Gran Chambelán—. Yo ya he cumplido mi misión y con vuestra venia...

—¡Hable usted, Sarotti! ¿Qué significa esa historia que acaban de contarme relacionada conmigo y con una bailarina de sus huéspedes?

—Todo ha sido arreglado según los deseos de Vuestra Alteza...

—¿Según mis deseos?... ¡Si yo no he deseado nada,

DESARREGLOS GASTRICOS: Los resuelven las Sales Litfónicas Dalmau

torpe! ¡Se trata, sin duda, de una burla que voy a esclarecer inmediatamente!

La Archiduquesa Isabel, tía del Archiduque Pablo, presidenta de varias ligas de moral, no podía ver que su sobrino llevara tales derroteros, y conspiraba con el Chambelán para volverlo al buen camino.

A usted encargo, querido amigo, que vigile constantemente a mi sobrino y esa señorita, y me tenga al corriente de cuanto suceda. Ya sé que la misión es un poco deprimente...

—No hay nada deprimente cuando lo manda una persona tan gentil como Vuestra Alteza. ¿Qué no haría yo por serle útil?... — repuso el viejo inclinándose hasta dar en el suelo con la frente.

Entretanto, Sarotti se había adelantado al Archiduque, y llegaba furioso a las oficinas de la Ópera.

—¡Hemos sido víctimas de una superchería!... Esa Sonleithner no tiene nada que ver con el Archiduque!... ¡No hay en toda esa historia ni una palabra de verdad!

El secretario se llevó las manos a la cabeza como si por aquella plancha hubiera de hundirse el mundo, y Sarotti, mesándose los cabellos de desesperación, fue al salón de ensayos, adonde el Archiduque entró detrás de él.

—¡Señorita Sonleithner! — gritó furioso —, ¡Es usted una impostora!... ¡Puede salir de aquí ahora mismo!...

—¿Cómo!... ¿Qué atrevimiento es ese? — dijo a su vez el Archiduque—. ¿Así se trata a una señorita en mi presencia?...

—¡Yo creí que Vuestra Alteza había dicho!...

—¡Yo no he dicho nada, imbécil! — dijo el Archiduque, cautivado por la belleza y la juventud de Josefina—. ¡No hace usted más que caminar de torpeza en torpeza! ¡A ver, continúen el baile, señoritas!

Seguía la danza, y en el curso de ella pudo contemplar Pablo Fernando que la muchacha en cuestión era una verdadera preciosidad. Al terminar el baile no pudo reprimir unos aplausos.

—No sabe usted en el aprieto que me ha puesto, jovencita! — le dijo por lo bajo.

—¡Alteza... yo... soy en realidad inocente... La culpa fué sólo del coche de Vuestra Alteza... — dijo Josefina medio muerta de pánico.

El Archiduque recordó entonces lo sucedido, y al comprobar la chusquedad del caso no pudo reprimir una sonrisa, añadiendo:

—Siendo así, un deber elemental de cortesía me obliga a continuar en mi papel, aunque no sea más que

Reumatismo: Disolvente del ácido úrico Sales Litfónicas Dalmau

por no quitarle a usted el suyo y privarle de rechazo a la Ópera de una primera bailarina tan deliciosa. Cuento usted con mi protección de aquí en adelante, jovencita.

La conducta del Archiduque motivó que se reunieran en consejo privado los principales miembros de su ilustre familia, y a propuesta de su tía Isabel acordaron mandarlo a la plaza fronteriza de Lenz con el cargo de jefe de la guarnición, comisionando al ayudante del Emperador para transmitir la delicada orden.

Sin duda alguna debía estar escrito en alguna parte que el día siguiente debía ser para el Archiduque de grandes sorpresas. Apenas se hubo levantado el anuncio de la llegada de cierta dama, bonita y elegante, que demandaba audiencia en forma bastante descompuesta.

—¡Todo sea por Dios, querido conde! — dijo a su ayudante—. ¡Ya me lo imaginaba yo esto!... Desdídala usted mismo... es mejor; para mí sería muy violento, y estas escenas me ponen los nervios de punta. Entréguele este documento, y sobre todo, déle la noticia con precauciones. ¡Hay que evitar el escándalo!...

Tomó el documento que le entregó el Archiduque, y salió de la estancia, presentándose ante la dama, que al ver al ayudante no pudo evitar un gesto de desagrado. Ernesto balbució las excusas de ritual: indisposición, mala noche y demás tonterías que acudieron a su mente para justificar que no saliera el Archiduque en persona, y cuando creyó llegado el momento, le entregó el documento a la danzarina.

—¡Me lo figuraba! — dijo ésta, rasgando el sobre con mano nerviosa—. ¡Esto, es los terminachos que emplea su señor, debe ser la «absoluta», ¿verdad?

—¡Señora... yo ignoro!...

«En esta Cancillería — decía el escrito — se entregará a mademoiselle Spalanzoni una renta vitalicia de 2.362 pesetas (dos mil trescientas sesenta y dos pesetas) anualmente.»

—¡Una porquería! — bramó cólerica—. ¡Con esto no tengo yo ni para polvos! ¡Dígame que lo que se ha hecho conmigo no tiene nombre... o lo tiene muy feo!

Inútil creemos decir que la artista salió lanzando venablos por su boca.

—¿Qué ha dicho, qué ha dicho? — le interrogó con avidez el Archiduque.

—Se ha marchado muy contenta. Al leer el documento de Vuestra Alteza ha comenzado a reír, y ha dicho: «Todos los príncipes son unos... generosos.»

—Su Excelencia el Gran Chambelán — anunció el ayuda de cámara.

—Dígame que pase al instante — dijo el Archiduque—. No sé por qué, querido conde, me parece que tenemos nublado en puerta. Esta visita tan de mañana no me da muy buena espina...

En efecto, el Gran Chambelán entró afectando una gran seriedad y entregó un pliego cerrado en la propia mano del Archiduque.

—Vuestra Alteza — le dijo — ha sido trasladado al mando del ejército de Lenz, y debe ponerse en camino hoy mismo para tomar posesión de su cargo.

—¿Que he sido trasladado? — dijo furioso el Archiduque—. ¡Ca, esto no es posible!

—Es orden de Su Majestad! — repuso el cortesano, retirándose con la misma gravedad con que había entrado.

—¡Me mandan a Lenz, amigo mío! — murmuró con desaliento—. ¡Quiéren matarme de aburrimiento!... Lo peor del caso — añadió después — es que esta noche se estrena «Silvia», y yo tenía con la Corelli... ¡Siempre han de venir estas cosas cuando son más inoportunas!

—Si vuestra Alteza lo desea, se puede avisar a la primera bailarina — repuso Ernesto, ignorando, en realidad, de quién se trataba—. Yo mismo puedo encargarme de la comisión.

—¡Hombre, no sabes cuánto te agradezco ese favor!... Le vas a llevar esta sortija de mi parte — dijo el Archiduque, sacando un estuche que había contenido seis sortijas iguales, adornadas con una esmeralda rodeada de brillantes, y en donde a la sazón sólo quedaban cinco.

—El famoso sultán Saladino — manifestó el joven — tenía la costumbre de regalar una sortija adornada con una esmeralda a la odalisca elegida para una noche de amor. (Continuara)

SALES
LITÍNICAS DALMAU

EFERVESCENTES
PRODUCTO NACIONAL



«...Por poco dinero un manantial de agua mineral, sana, agradable, efervescente, curativa...»

Cada caja contiene **15 saquitos**
para preparar **15 litros** de ex-
celente agua
mineral de mesa



Depositarios exclusivos:
Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.
Paseo de la Industria, 14. - BARCELONA

Popularfilm



0872
Filmoteca
HUECOGRABADO
S.A. Paris, 131-Barcelona
de Catalunya

N.º